

Mauricio Vanegas Gil

El Atlas De la

Memoria



El Atlas de la

Memoria



© Mauricio Vanegas Gil

© El atlas de la memoria



GOBERNACIÓN DE ANTIOQUIA



72 de páginas. 16.5x23.5 cm. (2022)

ISBN impreso: 978-628-95019-2-6

Queda hecho el depósito que ordena la ley
(Ley 44 de 1993/Decreto 460 de 1995)

Primera edición

Medellín, noviembre de 2022

Edición: Luis Gabriel Restrepo-Rubelpo

Diseño de cubierta: Lorena Moreno Díaz

Fotografías: Jesús Abad Colorado y Elmer Arrieta Herrera

Portada: Efraín Ferrer de la Torre

Diagramación: Editores Publicidad

editorespublicidad2@gmail.com

Medellín - Antioquia

Correo electrónico: tallerliterarioalsur@gmail.com

Esta iniciativa fue posible gracias al apoyo del Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia (ICPA), desde su Programa *Estímulos* en la Convocatoria 2022, en la categoría *Novela-Mamotreto* y al apoyo de la Fundación Universitaria Claretiana-Uniclaretiana. El contenido de la obra se puede reproducir siempre y cuando se cite la fuente; corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional ni genera compromiso frente a terceros. El autor es garante del respeto a los derechos y del material contenido en esta publicación (fotografías, ilustraciones, etc.), razón por la cual otros participantes en la construcción del libro no pueden asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

PRÓLOGO

“Pertenezco a una era fugitiva, mundo que se deshace ante mis ojos”

José Emilio Pacheco

Sólo en primera persona se puede nombrar el dolor de una forma verosímil. Sólo plantando el pecho frente al párrafo se puede, eventualmente, trasladar al renglón lo que se vive. Luego, está la ficción, que es otra cosa, y que, paradójicamente, no riñe -si la pluma es diestra y sólida- con la verosimilitud.

En la novela, como en la canción o en la poesía, todo está dicho y todo reiterado. No existen ya territorios vírgenes y toda pretensión de originalidad suele ser consecuencia de candidez extrema, o de ignorancia supina. Lo máximo a lo que un creador puede aspirar es a un tono y a un modo; a una forma propia de decir lo que otros ya dijeron en la suya.

Mauricio Vanegas pone el pecho y escribe. Y es esa valentía la cuota imprescindible para que quienes asistimos a su relato veamos emerger dolor y gente, ciudad y sentimiento, parque y latido. Quienes, además, compartimos con él el dudoso privilegio de haber vivido algunos de los años más violentos del pasado reciente de Colombia, contamos con una cuota adicional de comprensión y con un aliciente más para treparnos a la historia de Gustavo como si de la nuestra se tratara.

Deben saber quienes lean EL ATLAS DE LA MEMORIA y desconozcan la reciente historia del país más al norte de Suramérica, que, en la parte final del siglo XX, Colombia consolidó en forma de violencia desatada la grieta que comenzó a abrirse en la década de los cincuenta con la migración campesina a las ciudades. Al final de los años noventa, quienes habitábamos las urbes colombianas, nos relacionábamos directa e inevitablemente con el campo, pero lo hacíamos de una forma desgarradora: o habíamos nacido en un pueblo y experimentado allí los dolores de la violencia o teníamos familiares que habían huido de las balas en el campo o asistíamos a la violencia urbana, ejercida en gran parte, por

los hijos huérfanos que la violencia rural había escupido en las laderas de la ciudad. Dolor de pueblo y dolor de ciudad fueron y siguen siendo dolores cercanos a quienes nacimos o crecimos en Colombia en la parte final del siglo de las bombas.

Por eso mismo, porque Mauricio Vanegas pinta un mundo ficcional que nos resulta irrevocablemente cercano, es que la travesía de Tavo y Santiago, su reencuentro, las rememoraciones surgidas de él, y el regreso a los dolores que esa intersección nos arroja a la cara, terminan siendo travesías, reencuentros, recuerdos y dolores que sentimos nuestros, de una forma inevitable. ¿Puede esperarse algo más gratificante que el poder de convertir la voz propia en la voz de muchos?

Pala
12 de septiembre de 2022

EL INSTANTE

Jorge Luis Borges

*¿Dónde estarán los siglos, dónde el sueño
de espadas que los tártaros soñaron,
dónde los fuertes muros que allanaron,
dónde el Árbol de Adán y el otro Leño?
El presente está solo. La memoria
erige el tiempo. Sucesión y engaño
es la rutina del reloj. El año
no es menos vano que la vana historia.
Entre el alba y la noche hay un abismo
de agonías, de luces, de cuidados;
el rostro que se mira en los gastados
espejos de la noche no es el mismo.
El hoy fugaz es tenue y es eterno;
otro Cielo no esperes, ni otro Infierno.*



**A mi maestro
Gustavo Aguilar**



El avistamiento

Noche del 27 de julio

Para evitar el afán de la acostumbrada congestión vehicular de la noche prefiero tomar una ruta alterna para llegar a casa. Deambular por el Área Metropolitana en hora pico es soportar la presión de un hogar a la espera. Tras sortear un *rompoy* me encuentro en una pausa poco frecuentada; *rompoy* o *romboy* es un término desdibujado del extranjerismo *round point* que, de a poco, se va camuflando en la naturaleza de este lenguaje de periferias; yo optaría por el francés *glorieta*; me suena más castizo incluso que *rotonda*, en italiano. Inmerso en esta reflexión sobre extranjerismos veo que un sujeto asoma la cara por la ventanilla derecha del auto. Había visto ya su figura desaliñada cuando me detuve en el semáforo en rojo a escasas cuadras de mi casa. Contrario a la sensación de inseguridad que remite la escena en casos de atraco, yo estoy tranquilo y escucho entre dientes una frase que evidencia agotamiento y ensayo: «señor, llevo chicles, dulces y dulcecitos».

El corto silencio es interrumpido por el auto de atrás en el mismo instante en que la luz verde hace su aparición. El hombre petrificado en la ventanilla no insiste. Se queda pensativo. No le digo una sola palabra, pero le sostengo la mirada de manera curiosa. Su rostro, estrujado por el tiempo, la adversidad y su incipiente calvicie, habla de un pasado remoto; su voz conserva un timbre de expresión tentada al chiste. ¡Es él! Pero ¿quién es él? Sé que lo conozco. Libero el coche del freno de emergencia y presiono el acelerador conforme suelto el *clutch*. Mientras avanzo sin prisa me pierdo en su mirada melancólica que parece esculcar algún recuerdo. Lo contemplo detenido en la calle y en la memoria. Mi vehículo transita lento y es adelantado por el coche del pito ruidoso que, por poco, atropella al vendedor informal. «Tavo», alcanzo a escuchar, mientras su sonrisa se fija al espejo retrovisor junto con la silueta de una mano empuñada y un pulgar extendido.

Un caudal de recuerdos orbita por encima de mi cabeza. ¿Me detengo? Sigo de largo en dirección a casa con el deseo de dar marcha atrás para saludarlo como lo merece, pero la importancia de ir al baño y de sacar a mi perro a hacer sus necesidades pesan más que las reminiscencias. Una extraña sensación, mezcla entre alegría y nostalgia, se apodera de mí. Siento que, de golpe, he recuperado un montón de años perdidos. Una presencia del pasado me asedia en mi rutina de regreso. ¡Es Santiago, un gran amigo de la época del colegio!

A Santiago lo conocí cuando cursábamos el grado sexto en el viejo colegio del pueblo. Recuerdo que la institución educativa era el punto de convergencia entre la Escuela de niños San Pablo y la Escuela de señoritas La Aurora. Sexto era entonces el prólogo de una adolescencia masculina que cuestionaba la timidez sometida a la mirada de una institución mixta. Ser los más pequeños del bachillerato contrastaba con haber sido los más grandes de la escuela. Allí nos encontrábamos con los mismos camaradas y con la compañía intimidante de las niñas que también llegaban tejidas por una amistad precedente. De los dos grupos de grado sexto me correspondió el B. Todos los rostros masculinos me eran familiares; los femeninos, nuevos y estimulantes.

Llamaba la atención la cara de Santiago, pues no venía de San Pablo sino de una escuela rural. A diario caminaba dos horas para llegar al colegio. Pese a eso, se esforzaba en mantener una buena presentación personal: cabello abundante, medias gruesas y chanclas de moda, sin importar que la moda fuera las chanclas sin medias. Para entonces, el uso particular de su calzado me llamó la atención. Se sentaba a mi lado en las primeras filas, tan cerca al tablero verde que lucíamos pintarrajeados de polvo de tiza. Una mañana de principio de año nos correspondía conjugar el verbo *to be* en pasado simple y, al mirar al piso improvisando mis vacíos en lengua internacional, vi los pies de mi compañerito. ¡Cómo no lo había notado antes! ¡Qué moda tan rara, incluso para el ambiente bucólico de un pueblo!

Las evocaciones se encargan de remover la estratigrafía sobre la que quedaron sepultados mis primeros abriles en la academia. Son tantos recuerdos que intenté evadir con los años de academia, que rara vez me permito establecer un comparativo entre mi juventud y mi labor

cotidiana. Es como si algo de mí se negara a volver al pueblo remoto del que salí desplazado con mi familia, a raíz de la violencia. Todo recomenzó en la ciudad, pero, ¿qué fue del grupo de compañeros que vi por última vez reunidos en una mañana de agitación y angustia, justo un par de meses antes de la graduación que no llegó? Encontrar a Santiago es la revelación de un fósil, una introspección necesaria que estaba sometida a un olvido deliberado.

Tras llegar a casa, con la noche atiborrada de recuerdos, resuelvo la visita al baño y salgo a caminar con mi perro, decidido a regresar al lugar donde acabo de ver a mi antiguo compañero. Ha pasado no más de media hora desde entonces; recorro a pie y en silencio las cuatro cuadas. ¿De qué hablarle después de dos décadas sin un solo saludo ni una llamada? Llego al cruce de camino donde hice la estación obligada por la luz roja, pero Santiago no está. Es muy tarde, acaso lo suficiente para que se haya marchado. Tengo que esperar; de seguro habrá una nueva oportunidad. ¿Qué te pasó, Santi? ¿Qué te hizo la vida para terminar vendiendo dulces en un semáforo? Tantas preguntas, tantos días... Por ahora, no tengo con quién desenredar mis interrogantes.

Recuerdos atrás...

«¡Ey!, ¿ya vieron las medias del que se sienta a mi lado?», les pregunté a Mario y a Julio, medio en susurro, cuando empezaba el descanso de la mañana y un desfile de estudiantes salía de la clase de inglés. Mis dos interlocutores no disimularon mucho al burlarse a carcajadas, tras la salida del compañero de las chanclas, quien se percató de los comentarios y reaccionó con una sarta de improperios. La escena escolar generó tres efectos inmediatos: el rubor en aumento en el rostro del chico nuevo, la sorpresa de la profesora Lucía por las expresiones de un niño de sexto y la risotada explosiva del grupito de la fila de adelante.

En verdad, la relación con Santiago empezó mal. En sexto grado solo llegué a identificarlo para reírme de él; sin embargo, quién iba a creerlo, más adelante se convertiría en mi mejor amigo. Aunque era muy solitario y rara vez comía algo, participaba en clase con propiedad, me miraba con recelo y reaccionaba con decisión a las burlas tendenciosas. Sé que

muchas vivencias de esa relación tensa y distante, en el primer año de bienvenida al colegio, se perdieron en los laberintos sepultados por la arena de la memoria.

Noche del 27 de julio

Durante las horas que siguen al encuentro casual el amigo perdido de la adolescencia y la frustración por una búsqueda fallida, mi memoria selectiva empieza a revelar fragmentos, sorbos de una historia estancada en los albores de un pueblo que vi también por última vez, desde la ventana opaca del carro familiar. Como en una pantalla de alta definición me veo con papá, mamá y mi hermana pequeña, abandonando de manera lapidaria e inexplicable la casa grande del abuelo, por las calles inclinadas, de un gris polvoriento. Esta imagen permanece congelada en alguna fotografía de aquellos años felices alejados de la gran ciudad. De pronto, revivo esa mañana fatal de hace dos décadas cuando anulé por completo un paisaje repleto de recuerdos en los que cabía el puñado de amigos de grado once del Colegio Mixto San Luis. ¿Por qué nunca volví? Quizás caí en el juego de silencios que trazaron mis padres después del desplazamiento. Fueron tantas historias que se quedaron abiertas, tantos besos que no di, tantos abrazos en deuda.

La noche del 27 de julio hace parte de un halo de tristeza significativa para mí. Pese al arrume de exámenes para revisar, encima de mi escritorio, no puedo concentrarme. La comida está más fría que de costumbre y la frustración me abraza. Algo en mí se siente responsable del destino oscuro de mi compañero de juegos de antaño. La verdadera partida de ajedrez ha sido contra el tiempo y, ahora, una derrota se asoma en este punto fijo en que me descubro distraído en silencio, masticando, una y otra vez, el mismo trozo de carne.

Avanza la noche. El perro duerme. Decido buscar, sin saber qué, en los apuntes más viejos de mis cuadernos guardados. Encuentro uno que otro poema con mala ortografía, la ansiedad de los primeros días de la universidad, el nombre de las chicas por conocer en el grupo de investigación, dibujos que disimulan el sueño en clase de lingüística y mis proyectos de cuento, traspasados por intermitencias y lugares comunes.

En una agenda de un año lejano a mi conciencia del tiempo encuentro lo que busco: una foto desenfocada en la que se ven más escalas que personas. Sí. Son las graderías donde me sentaba en los descansos del colegio Mixto San Luis. Ahí están sus rostros. Se me hace muy difícil identificarlos a todos. Hay copetes que eclipsan la mirada de las niñas. Yo aparezco en pose; sabía que el lente inexperto de mi mamá me entregaría la escena como imagen. El acné cubre gran parte de mi cara. Al extremo izquierdo, en el último lugar de una fila de doce personas del grado once, está Santiago con su cabello abundante. También están Julio, Mario e incluso Cami. Aparte de Camilo, ¿cuántos de esos doce habrán muerto? ¿Cómo seguir habitando el mundo con una rutina de semáforos y exámenes sin hallar una respuesta?



Un cúmulo de nostalgias

Recuerdos atrás...

Cursaba grado sexto y el colegio era lo mejor: cada experiencia, cada sorpresa, el trato despectivo de los profes como bienvenida al bachillerato, los muros con símbolos patrios, los árboles frutales del jardín. A veces los uniformes era heredados, por eso nos sobraba tela y resultaban incómodos; el patio-salón también nos quedaba grande. Muy pronto todas las zonas verdes estaban colonizadas por la curiosidad propia de cada niño. Julio, Mario y yo, vecinos de la cuadra, quedamos en sillas contiguas a manera de capullo y porteción para reírnos de los avatares del colegio.

El grupo, con pocas modificaciones, fue el mismo de sexto a once y estaba conformado por una variopinta acumulación de voluntades, estados de ánimo y simpatías, sincrónicas y disonantes. Toda esta miscelánea ponía a prueba la convivencia de unos niños con cara de jóvenes, abandonados a su suerte por sus familias y a merced de los docentes y sus traumas. Supongo que esta enumeración se repite en la mayoría de las escuelas y colegios del mundo. Por ejemplo, Caliche, no dejaba dar clase. Desde los inicios del curso sabíamos que no iba a ganar el año, suposición que se repitió durante todo el bachillerato; por más que recibiera la solidaridad de sus compañeros en las pruebas escritas, los profesores no juzgaban con altruismo su acción y la tipificaban como pastel, otras formas de aludir al fraude académico. Un día me senté a su lado en evaluación de matemáticas. Afanado por ganar el período, y seguro de que yo había estudiado, se copió de mi examen. La sorpresa fue grande cuando el maestro entregó las calificaciones de dos pruebas anuladas, marcadas con mi nombre, con este epígrafe que me perseguiría de por vida: ¡por deshonestos!

Cómo olvidar a Juancho. Se caracterizaba porque andaba a la altura de las exigencias: camisa planchada y zapatos tan bien embetunados que opacaban los míos. Era obsesivo con el orden. En cuanto a sus útiles escolares usaba un lapicero grueso con barras de diferentes tintas y su cuaderno era una obra policromática impecable. Y qué decir de su actitud servil con las figuras de autoridad: delataba nuestras faltas y pilatunas planeadas, elogiaba a los profes y, por supuesto, atraía cierto favoritismo en el sistema de calificaciones. Los demás compañeros simplificábamos todo lo anterior con la palabra “lambón”. En fin, Juancho, por obvias razones, no gozaba de mucha popularidad entre sus camaradas.

Con su marcada diferencia, Caliche y Juancho permanecen juntos en mi memoria donde habita una historia que me narra a gritos lo que no hay que hacer frente al vértigo de una prueba escrita. Ya cursando grado once llegó el tenso aviso de la presentación de las llamadas pruebas de Estado, ICFES. En teoría, toda la residencia en el bachillerato tiene sentido de aprendizaje en las preguntas que resuelve esta prueba, diseñada para evaluar competencias. A mí, en realidad, me parecen una forma de control de cátedra, tipo dictadura, en la gestión del conocimiento. No pensaba lo mismo la mañana de domingo en que me enfrentaba, por fin, a la cartilla de preguntas y su compañera inseparable, la hoja de respuestas; sabía que sus resultados me perseguirían el resto de la vida y, en efecto, así fue. No obstante, no contaba con que, ¿por cuestiones del azar?, Caliche y Juancho vinieran a sentarse a mi lado como si fueran los ladrones en el mito de la muerte de Cristo.

A mi izquierda se sentó Caliche, quizás buscando una vitrina a sus respuestas por la antigua complicidad que nos unía. A mi derecha tenía a Juancho repitiendo el ritual de ubicar sus útiles en un orden específico: el sacapuntas rojo, luego el borrador y, en el espacio entre ellos, el lápiz Mirado Número 2, requisito para la cita académica. Al finalizar su rutina tomó aire para no arrugar la camisa al sentarse. No había duda de que era la promesa institucional de buenos resultados; la fe de los profesores estaba puesta en él y, sin embargo, algo estaba por conspirar en su contra.

El salón era un aula iluminada por un amanecer de plata, filtrado por un largo ventanal, en el segundo piso del único colegio privado del pueblo. Tras las advertencias del acompañante del examen empezó el silencio,

las miradas danzaban inseguras entre la hoja y el reloj de pila sobre el tablero. De vez en cuando, el sonido de la fricción del borrador sobre la hoja se convertía en un embate sacrílego contra el mutismo reinante. De repente, una tos tímida y la risa inconfundible de Caliche, haciendo un esfuerzo por disminuir su intensidad, me obligó a mirarlo con prudencia. Sin levantar su rostro, me dio a entender que hablaba en susurro para mí. «Ya sé cómo va esto», aseguró, mientras tachaba la hoja de respuestas siguiendo un patrón conocido como «la montañita», 1, a.; 2, b.; 3, c.; 4, d. y, 5, c. Así la hoja se convertía en una serie de puntos que imitaban una barra estadística de ascensos y descensos. Comprobé, con sorpresa, que en mi hoja de respuestas iba de la misma manera las tres primeras preguntas, pero me pareció una decisión bastante arriesgada acatar el comentario de mi compañero. El caso es que, tras veinticinco minutos de prueba, Caliche se levantó triunfal de su puesto y entregó la hoja de respuestas al acompañante delegado, quien lo miró con sorpresa por la rapidez con que la desarrolló. Y ahí salía el resultado más pobre de la institución, caminando confiado, sin volver la vista, como si se tratara del final de una película épica.

El resultado de las pruebas de Juancho no sería muy distinto. Luego de la distracción con Caliche se encontró con una pregunta tan fácil, que sintió que no podía ser otra cosa que una trampa, llamada también cáscara en el argot estudiantil. Luego de releerla, según me lo contó después en una visita que le hice al hospital, entró en un bloqueo que solo podía explicarse como el resultado de su versión más psicorrígida. Era incapaz de pasar a otra pregunta, la prueba le resultaba cada vez más sospechosa y sentía que el tiempo se escapaba y que su promesa de buenos resultados se convertía, así, en una decepción. ¿Qué pensaría su padre? ¿Cómo lo tomaría el grupo de profesores? Su respiración se sentía agitada. Reacomodó, por enésima vez, el sacapuntas rojo, el borrador blanco y, entre ellos, el lápiz Mirado Número 2 que pasaba del espacio a su mano y luego a su boca con considerables marcas de dientes en la superficie amarilla. De un momento a otro se levantó del puesto como impulsado por un resorte, recorrió con grandes zancadas los cuatro pasos largos que lo separaban de la pared y chocó de frente con el ventanal que saltó en pedazos por el golpe.

Los demás estudiantes pasamos por un silencio curioso, justo antes de romper en una carcajada insolente y poco solidaria. El efecto no sería académico, como lo esperaba el rector: dieciséis puntos de sutura en el cuero cabelludo y la mano izquierda; dolor agudo en el codo y, sobre todo, en la esperanza. Los resultados de su prueba y la crisis emocional cambiarían para siempre su emotividad y su competitividad. Sentía que había abandonado su carrera de científico antes de salir del colegio.

Es una anécdota en la que los dos compañeros quedaron guardados en una memoria frágil, que bien puede magnificar, fabular o simplificar los acontecimientos vividos en grado once, relacionados con la presentación de las pruebas del “ISFES”, como decía Humberto, el rector de la época. Este famoso examen que nos había perseguido desde la infancia era un generador de ansiedades innombrables y de angustias inimaginadas. Como el colegio venía de unos buenos resultados, recaía entonces, en esta generación dudosa, la gran responsabilidad de mantener, o mejorar, el registro de calificaciones.

Juancho y Caliche eran bastante opuestos. Mientras el primero se ubicaba en la fila más cercana a la puerta, el segundo se sentaba en el pupitre más lejano, al fondo del aula, retirado de la entrada, frente a una ventana repleta de mierda de paloma. A través de sus cristales verduzcos fijaba su mirada en las montañas que se perdían en el horizonte. Por momentos, regresaba al aula con una sonrisa dibujada en el rostro, cerraba los ojos y solo los abría de plano con el grito de la profesora Lucía o el tono burlesco del profesor Pacho con la pregunta por el último comentario de la clase. Al tiempo que improvisaba una respuesta, gagueando, su rostro adoptaba un aire de circunspección, en especial cuando notaba en su cuaderno la acumulación de una serie infinita de bolitas y palitos, como un código misterioso que ningún educador pudo descifrar. Era ahí cuando aparecía Juancho, el modelo a seguir, con el cuaderno deseado por todo profesor, el estudiante que tomaba nota hasta de los detalles más insignificantes, que a todos escapaban, como los incisos en las pausas del dictado del maestro.

Desde que coincidimos en el contexto escolar, la primera medalla de honor por excelencia académica fue para Juancho; igual ocurrió con la siguiente, también la siguiente y así se fue volviendo paisaje del colegio

verlo acumular medallitas de latón en su pecho henchido de orgullo. Solo en una ocasión el reconocimiento fue para Elizabeth. Muchos ardíamos en deseos de bajarlo del pedestal, pero las ganas fueron inferiores al esfuerzo, pues nadie pudo superar a Juan Arturo Ortiz.



Habitante de dos tiempos

28 de julio

Ha llegado el amanecer y la sensación de frustración, al igual que el sentimiento de culpa, siguen latentes. Estoy seguro de que a Santiago podré ubicarlo a la misma hora de la noche y en el mismo sitio. Es preciso preparar el reencuentro. Soñé con un árbol de aguacates que estaba ubicado en la casa de una tía que no era mi tía o, por lo menos, no lo parecía. En el sueño estaba esperando a Santiago que llegaría con Caliche. ¡Caliche! Tiempo sin recordar el nombre de ese entrañable personaje, compañero de todo mi bachillerato... Algún día me contaron, con inventario de chisme, que había muerto. No sé quién lo hizo, no recuerdo o no quiero recordarlo. ¡Me empieza a preocupar la memoria! Por cierto, en el sueño, mis dos compañeros nunca llegaron.

Me gasto el día tejiendo un atlas de la memoria, haciendo un esfuerzo por sostener en mi cabeza algunos pasajes de la adolescencia. Trazo en mi mente un croquis del colegio con la secuencia de los salones por los que pasé de sexto a once. Por momentos, siento que emerge de mi interior una bocanada de risa acumulada que trato de moderar, seguida de un oleaje vengativo de melancolía que, de seguro, es más notable que la alegría espontánea. Llega la noche. La cercanía de la lluvia es inminente. Una sombra de nubes oscuras cubre el horizonte hacia el sur. Todo esto se convierte en un impedimento para encontrar a Santiago. En cualquier caso, es imperativo intentarlo. Salgo de mi trabajo en la universidad y me enfrento impaciente al tráfico lento, ahora agravado por el aguacero. Algunos paisajes del pueblo dominado por la niebla me llegan por escenas, chaparrones que pintan el firmamento de un color indefinido y tornan más oscuro el verde de las montañas.

Tengo que tomar un par de rutas alternas que conducen a la vía que deriva en el *Rompoy*. Parqueo en el arcén, pongo las estacionarias y

camino una cuadra completa hasta llegar al semáforo, donde asisto a una secuencia de luces poco novedosas, piso húmedo, charcos que se agitan con las llantas de los carros apurados, la mayoría grises. No veo vendedores ambulantes ni guardas de tránsito o agentes de seguridad para preguntarles... Lo cierto es que Santiago no está. Espero treinta o cuarenta minutos, detenido en la pantalla del celular, cambio de posición y recuerdo un fragmento del libro de Michael Ende, El espejo en el espejo: "Así estaba, pues, allí, con una pierna cruzada sobre la otra, la mano derecha colgando, la izquierda apoyada sueltamente en la cadera esperando el comienzo. De tiempo en tiempo, cuando el cansancio le obligaba, cambiaba esa postura, convirtiéndose, por así decirlo, en su imagen inversa reflejada." Diez minutos más y nadie se asoma. Asumo que debo irme mirando atrás, caminado despacio, dispuesto a detenerme; pero no llega Godot o Santiago, un día más sin verlo. ¡Qué diablos! ¿Por qué es tan importante esto para mí? ¿Por qué insisto en saber de la vida de un extraño que hasta ayer era solo un vendedor anónimo en un semáforo, como miles que afloran en esta ciudad desigual?

Cuánto añoro a mis compañeros de juventud y solo vine a saberlo ayer por un atajo que me escupió hasta un atasco vehicular del Área Metropolitana. Doy un par de vueltas más con el carro, vuelvo a pasar por el sitio y nada cambia, excepto mi determinación de volver a mi municipio de origen. Siento que es momento de escarbar en el campo donde encontraré el yacimiento de una juventud arrebatada con violencia. No. No es Santiago sino lo que representa. Él personifica no solo un pueblo sino un colegio que fue atacado por hombres armados, veinte años atrás; a ese puñado de jóvenes que salieron corriendo para proteger sus vidas; al grupo de amigos que posan en una foto que eterniza, como una reliquia, los años felices. Los interrogantes se agolpan de nuevo en mis pensamientos. Necesito saber si es verdad que Caliche murió. ¿Qué habrá sido de la vida de Julio? ¿Mario, al fin, viajaría a los Estados Unidos? ¿Juancho cumpliría la promesa de ser el mejor? ¿Qué pasaría con el profe Memo, si es que aún vive? ¿James cumpliría con el sueño de enfundarse una sotana? ¿Será que Alejandro se casó y tiene muchos hijos? ¿Es, acaso, Wilfer un destacado jugador de fútbol? ¿Liza se habrá transformado en una de esas cantantes de moda? ¿Habrá alguien que me recuerde? A lo mejor también estoy muerto para muchos de ellos.

Recuerdos atrás...

¿Quién era Elizabeth o Liza, como le decíamos siempre? Su nombre de pila sonaba extraño cuando alguien llamaba a lista. Era la compañera gordita, en diminutivo por cariño, que materializaba en sí, la personificación de la ternura. Se destacaba como cantante del salón, con una afinación y un tono de voz angelical que fueron mejorando conforme crecía. Elizabeth se despachaba en consejos hacia los más improductivos y encarnaba una actitud maternal de defensa para sus compañeros. Comía en clase en absoluto secreto y siempre sospechamos que amaba, en silencio, a Caliche.

James era un pichón de cura con su infaltable camándula *verdeazul* en el cuello, reliquia que solo se quitaba para las clases de deporte. A pesar de sus creencias, era flojo y cobarde en las competencias, jugaba al balón como quien acaba de conocerlo y terminaba en el piso tratando de domarlo. Mencionaba a Dios en cuanta tarea, exposición, saludo, despedida o expresión llevara a cabo.

Alejandro, el más alto y también el más viejo, creativo de los chistes a destiempo, el de los comentarios fuera de tono, el repitente que no pudo con la profesora de español y cuya hoja de vida apuntaba más a la expulsión que a graduación. Se interesaba mucho en las chicas que llegaban de la Escuela de Señoritas La Aurora y, aunque su apariencia física estaba en deuda, tenía un discurso arrasador; en solo diez minutos dejaba prendadas a las que se arriesgaban a escucharlo. A su lado se sentaba Sandra, la primera que hizo su inmersión en la pubertad, cuya blusa colegial atraía una colección de miradas curiosas, ansiosas y asustadas. Abierta en sus diálogos y generosa en sonrisa, a Sandra le gustaba más hacerse con chicos que con chicas y tenía una relación hostil con las profesoras.

Wilfer era el compañero destinado a convertirse en jugador profesional. Ya desde la escuela venía cosechando triunfos con la esférica. Se presentaba a clase con la banda de capitán de su equipo de entrenamiento y despertaba la envidia de los aficionados y poco dotados de habilidades para el juego. «¿Usted de qué equipo es hincha?», me preguntó un día en clase de religión. Fue el primero del colegio en utilizar esa palabra.

«¿Qué?», le respondí, con la mente perturbada por el conocimiento de una nueva grosería. «Ja, ja, ja, es el afecto por un equipo. En mi caso, es el Atlético Nacional», me explicó. «Algún día jugaré allá», agregó.

28 de julio

Como un extenso desfile de evocaciones van apareciendo los vestigios del pasado, en una serie de fragmentos individuales, cuya suma me permite armar el rompecabezas de la memoria. Aún conservo el asombro por el reciente reencuentro fallido. La decisión de volver a mi pueblo es ya una determinación. Quiero verlos de nuevo. Al igual que en la entelequia imagino sus mismos cuerpos y sus mismas voces, como si el tiempo solo me hubiera afectado a mí, como si el reloj de la vieja iglesia del parque hubiera suspendido su perenne periplo. Contemplo la agitación del día en que empezó el desplazamiento, aquella madrugada normal para asistir a clases, cuando se generó una estampida sin tiempo para abrazos ni adioses, y sin la sensación prístina de que «algo muy grave va a suceder en este pueblo». El destierro fue un rito de paso que desembocó en lo que somos en el presente: fantasmas alrededor de la remembranza matutina de un salón de clases, iluminado por un sol de septiembre, cuando la relación de un grupo de amigos terminó de manera abrupta.

Revelaciones

*«(...) que fue la fuente de mi amor primero.
Amor, te lo prometo cómo y cuándo no lo sé
mas sé tan solo que regresaré (...)»*

José Feliciano

©Derechos reservados. Provided to YouTube by RCA Records Label.
Qué Será · José Feliciano



El 27 de julio se ha quedado atrás. Asumo la cita pospuesta de mi encuentro con el ayer. Me preparo para ponerle pausa a mi vida. Solicito una licencia no remunerada en la universidad, califico los exámenes que hacen mella en la agenda y enfrento a mi compañera sentimental. Es difícil explicárselo. Ella, como siempre, me apoya en silencio, quizás por la factura latente que nos pasa la rutina. Para regresar a mi pueblo natal trazo una ruta que merece un máximo de tres horas de concentración al volante, alguna pausa mínima y una buena dotación de agua.

Las voces de las emisoras metropolitanas, poco a poco, se van alejando conforme el radio de acción se suprime en el agujero natural de las cordilleras de Antioquia. Un silencio meditabundo me acompaña en el paso por peajes, paisajes, polvaredas y recuerdos. ¿A dónde piensas llegar? Desconozco si el pueblo cuenta con hoteles. Puede ser un encuentro con la plaza principal y un pronto regreso; pero también está en la especulación desembarcar, hospedarme y encontrarme con las voces de esos fantasmas que deambulan por mi memoria perturbada después de la toma paramilitar, el último y definitivo episodio al que asistí.

He llegado a la pendiente de bienvenida y percibo que no hay cambios significativos en el poblado; las mismas calles, el mismo bosque húmedo al lado derecho, la imponente caída de agua a la izquierda, un par de buses de salida, una moto bastante antigua que pasa por mi lado; todo sigue igual. En cada rincón busco rostros conocidos, los esperados, enaltecidos

por la reminiscencia. Estoy al final del recorrido, en el espacio donde antaño parqueaban los chiveritos —transportes informales— al lado del parque principal. Veo la iglesia en la que hice mi primera comunión, inmutable como un dinosaurio de piedra; recuerdo el desfile interminable de niños y niñas. Veo a mi padre comprando con una paleta de agua mi silencio en la homilía.

El parque sí ha cambiado, lo encuentro mucho más presentable que el de mi memoria. Busco un restaurante. Hay poca gente. Ya pasó la hora del almuerzo y, en mitad de semana, el flujo de turistas es escaso. Un hombre de baja estatura me toma el pedido con afán. Aprovecho para revisar las notificaciones del celular: amigos, conocidos, el trabajo, mi pareja, algunos memes de política en las redes sociales... «¿Tavo?! No-pue-do-cre-er-lo», me sorprende una voz femenina desde la barra de atención. «¿¡Natalia!?!», alcanzo a preguntar con una sonrisa. Ella avanza con alegría hacia mi mesa y nos abrazamos emocionados. Intento hacerme una idea de la primera compañera de colegio que encuentro y compruebo que los años la han transformado; su cuerpo voluminoso y su expresión triste, a pesar del encuentro, resaltan como un ruido del pasado. En su mirada hay júbilo, pero también reproche o melancolía. Un silencio incómodo es el preámbulo a la tormenta de preguntas sobre mi madre, mi hermana, mis estudios, si estoy casado y si pienso quedarme. Y luego, por momentos, un sigilo, una sonrisa forzada y la voz de un hombre que la llama a su lugar en la cocina.

Desde hace doce años, justo la edad de su hijo Juan Manuel que aparece como fondo de pantalla en su celular, Natalia es la cocinera del restaurante. A intervalos, regresa a la mesa, cada vez con una pregunta renovada, mientras yo termino el plato típico del día que resulta pequeño para mi jornada.

—¿Qué sabes de los demás compañeros? —en uno de sus regresos soy yo el que toma la delantera en la pregunta. Ella responde como enumerando con sus dedos de la mano derecha, pero yo la interrumpo—. ¿Sabes algo de Santiago?

—¿Santiago?

—Sí, Pérez, el...

—No te atrevas a mencionar su nombre porfa, Gustavo —no alcanzo a terminar la idea—. No sé qué viniste a buscar aquí. No sé quién te dijo que era buena idea que volvieras, pero..., por favor, no vuelvas a mencionar a Santiago...

No tengo oportunidad de responder o contra preguntar; se marcha sin despedirse como si una tormenta de furia se desatara sobre nuestro encuentro. La mirada del mesero se vuelve hostil. Pago el almuerzo, confundido, y salgo como un niño regañado. Doy una vuelta por el parque y noto que el viejo reloj de la iglesia se ha detenido con sus punteros señalando las tres de la tarde; es la impresión que me causa el ángulo del sol. Entro al templo tratando de organizar mis pensamientos.

Recuerdos atrás...

Finalizando el grado décimo, Natalia, una de las más voluptuosas compañeras del salón, le aceptó una gaseosa a Camilo, un joven que se interesó en ella desde que se encontraron en el pasillo de ingreso, empezando el grado sexto, y quien conservaba la esperanza de que la chica, algún día, fijara sus ojos en él. Al muchacho no le importó que varios de los compañeros nos rotáramos el afecto de Natalia en fiestas de quince años, y celebraciones patronales; tampoco le importó que lo ignorara en público, que le hiciera muecas y que rompiera a carcajadas cuando lo sometíamos a nuestras burlas. El chico, era un adolescente escuálido de piel muy blanca, mirada transparente y carácter noble, que jugaba de portero en el equipo de fútbol del salón y, junto a Juancho, se destacaba en los resultados académicos. El día de la gaseosa, Cami sonreía como nunca porque el universo conspiró a su favor; al atardecer, después de terminada la jornada, salió junto con Natalia y a tres cuadras del colegio se tomaron de la mano. Celebramos la acción como el título del equipo del barrio, al final, sentíamos que lo merecían. Fueron novios en noviembre. Su relación nos despertaba una sonrisa cuando se paseaban, susurraban y compartían.

Al inicio del grado once nos preparamos para el gran honor que suponía ser los más grandes del colegio. Había tanta alegría en el grupo que decidimos hacer un retiro espiritual para hablar sobre el futuro. Nuestro

director de grupo por tres años consecutivos, Memo, lideraba la actividad. Antes de salir del espacio elegido para retiro jugamos a la pelota en un patio de tierra. Después de errar al pegarle al balón, Caliche pateó una piedra, con tan mala suerte, que fue a dar a la rodilla de Cami; nada raro para quien ejercía de arquero, veinte minutos después nos dimos cuenta de que aún sangraba. Pasaron otros veinte minutos y la hemorragia no paraba, a pesar de un torniquete, de la aplicación de alcohol, agua oxigenada y del apoyo del grupo, fortalecido en la apuesta por terminar el bachillerato.

Lo dejamos en su casa cuando una línea de luna nueva sonreía en el firmamento y el licor que llevamos a escondidas empezaba a hacer efecto. Al día siguiente, viernes, regresamos al colegio. En las mañanas nos expresábamos el cariño por medio de un abrazo colectivo, un pulpo múltiple que retardaba el inicio de la jornada escolar y generaba un raudal de sonrisas. La clase de física de la profesora Luzma fue interrumpida por Memo, quien me hizo señas desde la puerta, con la venia de la docente; también llamó a Natalia. «Tal vez no pasó tan desapercibido lo del licor en el bus», pensé. Nos dispusimos a escuchar un largo regaño, pero el objetivo del encuentro era muy diferente. «Nata, Tavo, pasó algo, no sé qué exactamente, pero la mamá de Camilo me llamó... ¿Ya vieron que Cami no llegó?» Yo no lo había notado, pero Nata agregó, angustiada, que no sabía nada de él. «Camilo está hospitalizado en la Rafa desde la madrugada», continuó Memo con cara de preocupación. «La herida de ayer fue más grave de lo que pensamos».

La Rafa era el nombre apocopado con el que la gente del pueblo se refería al hospital San Rafael. Allí permanecía Cami desde que perdió el conocimiento. Sus niveles bajos de plaquetas indicaban algo que se escondía en su sonrisa, su poco apetito, su palidez y su agotamiento constante: estaba enfermo y, a consecuencia de un leve accidente, nuestra rutina se aprestaba a un giro de ciento ochenta grados con la noticia inesperada.

Tras algunos días y muchos exámenes, que incluso obligaron a la familia a viajar hasta Medellín, llegó el diagnóstico. Estábamos reunidos en la rectoría: Humberto, Memo, Natalia y yo, como representante de grupo, algo así como el amigo de todos. En realidad, todos éramos amigos; por

eso me designaron como candidato a la prisionería. La mamá de Camilo llegó debilitada por el trajín, con los ojos enrojecidos y la voz temblorosa. Nadie se atrevía a romper el silencio prolongado. «¿Quiere tomar algo?», preguntó, al fin, el rector. «¡Se muere mi muchacho!», fue lo único que alcanzó a pronunciar la señora con sus ojos anegados en llanto. Las lágrimas silenciosas también humedecieron otras mejillas.

«Chicos, tenemos una situación», así inició mi intervención frente al grupo, después de suspender otra clase de la profe Luzma. «Camilo está muy mal en *la Rafá*, no podemos hacer mucho, quizás darle ánimo porque...», miré a Memo, quien no fue capaz de transmitir la noticia y a Natalia que desde hacía una semana no sonreía; suspiré y tomé una bocanada de aire, tratando de infundirme valor. «Tiene leucemia mieloide aguda muy avanzada. Le queda un mes de vida, muchachos».

Nos hicimos la promesa de que el sufrimiento fueran solo para nosotros, de visitarlo en grupo los fines de semana. Elaboramos un cronograma de acompañamiento en orden de lista incluso para las noches. Prometimos hacerle pasar momentos increíbles y juramos no decirle que se estaba muriendo. Y así fue. Los sábados al atardecer, en una pequeña habitación de hospital, nos reuníamos treinta y seis estudiantes. Adentro todo era algarabía, risas, bromas, postres. Entonces, alguno de nosotros no soportaba y cruzaba la puerta para desmoronarse y llorar sin parar. La noche en que me correspondió el turno de acompañarlo hablamos de Los Caballeros del Zodiaco, escuchamos Vilma Palma y tocamos el tema de Natalia. Me contó que la había conquistado gracias a la poesía de Mario Benedetti y que vivieron un momento hermoso de intimidad en un baño del colegio. «Tavo, ¿ya te dormiste?» me preguntó después de haber apagado las luces. «Sí», le contesté por hacerlo reír, pero no lo conseguí. Vi su silueta delgada y frágil, con una palidez que lo delataba en la oscuridad. «¡Yo creo que me voy a morir, parce!», lo escuché decir. No pude contestarle. La noche parecía de luto y yo amarraba el llanto en silencio. Luego se durmió.

Dos noches después fue el turno de Caliche, el mismo que por mucho tiempo no superó la culpabilidad de haber pateado la piedra que nos reveló el estado de salud de Camilo. A las dos de la mañana sonó el teléfono de mi casa. Antes de contestar supe que era él. No podía hablar.

Lloraba como un niño inconsolable al otro lado de la línea. Cami murió sonriendo con las anécdotas de Caliche y un insoportable dolor en los huesos, intensificado por el frío de la madrugada.

Asistimos de blanco al funeral. Camilo también fue vestido de ese color. Natalia se desmayó un par de veces. Nunca vi llorar tanto a un ser humano como lo hizo ese día el profesor Memo. El abrazo infinito se prolongó hasta formar un círculo que clamaba interrogantes al cielo. En el centro, cuatro veladoras y un féretro, un grupo incompleto, un dolor que cuesta recordar; y al fondo las notas suaves de una canción que Liza osó poner en un dispositivo de casete:

*Ya se marchó
No volverá
Un buen guerrero
No vuelve la vista atrás
Ya se marchó
No volverá
Bajando el río
Soñando con cruzar el mar.*

*Algún tiempo atrás
Sin rumbo, sin más
Un hombre encontró
El rastro del amor en un sueño.*

*Las piedras del camino le dieron la clave
La muerte no termina con todo
Dos cosas distintas
Los sueños y el destino final.*



©Derechos reservados.
Letra: H. Gómez
Universal Music México.
Enanitos Verdes - El
Guerrero

(Enanitos Verdes. El Guerrero. Álbum: Tracción Acústica 1998).

La casa vieja

A la salida de la iglesia, entristecido por traer a la memoria la presencia de Camilo, me asalta un lamento significativo que me ata a la historia de este pueblo, al colegio, al que fue mi grupo y a mi responsabilidad por haber abandonado a Natalia con su dolor por el viaje prematuro de su novio adolescente. Ahora, estoy conmovido por el destino de Santiago, abandonado a su suerte en algún semáforo de la ciudad, donde conductores de mierda, como yo, no le compramos ni un dulce.

Paso de nuevo por el parque. Se empieza a despuntar el atardecer y la lluvia amenaza el escenario del encuentro. Voy en dirección a mi antigua casa, en el barrio Dorado, a dos cuadras de la plaza, recorriendo las calles desahuciadas por donde corría mi fantasma joven. Las puertas, las ventanas, los partidos, los mandados, los soles de domingo, todo se agolpa en mi silencio; no encuentro ningún rostro familiar... a lo mejor los espectros del pasado se mudaron al valle del olvido de mi exigua existencia. El extraño soy yo con mi chaqueta negra citadina y mi andar inseguro, como si a cada paso me pudiera encontrar una trampa mortal. Veo un rostro conocido, doña Rosa, una antigua vecina, acompañada de una niña de cinco o seis años que, sin duda, es su nieta; me levanta las cejas de manera amable e impersonal, como se saluda en las zonas rurales y es factible que me le parezca al hijo mayor de don Luis, pero no lo pregunta y sigue de largo.

Doblo la esquina desde la que se ve *mi hogar* —digo mi hogar para mis adentros y saboreo las dos palabras sin que nadie me escuche—. En realidad, era la casa del abuelo Alberto, con su corredor grande y sus dos columnas. En su puerta colonial el color azul claro se sobrepone al beige que reinaba cuando la abandonamos. Está ocupada. No me sorprende, pues mi padre, poco antes de morir, habló de un negocio con la casa del pueblo. Supe que se trató de un procedimiento legal que aún no acabo de entender.

Continúo sin perder detalle de cómo están las tejas, las ventanas de dos alas, el dintel, el cancel, la acera.

Mi intención es tocar la puerta de la casa de Mario, mi compañero, vecino y amigo. Él, estoy seguro, me puede revelar más razones del porqué estoy aquí. Llego al segundo piso. Antes había que tocar con fuerza por la madera dura y la distancia, pero ahora hay un timbre que me alerta sobre la posibilidad de que Mario o su familia ya no vivan aquí. Toco con moderación. «¿A quién necesita?», el rostro de una señora anciana se asoma por una ventana.. «Doña, buenas tardes, ¿aquí vive Mario?», pregunto sin muchas esperanzas. «Sí, aquí vive... ¡Ay, pero si es Gustavito! ¿Cierto que sí?» Confirmo con una sonrisa. La acumulación de años ha sometido a la madre de Mario a un cambio extremo en su apariencia física. Está irreconocible.

Me invita a pasar, charlamos un rato, me sirve un café con base de aguapanela y me cuenta que su esposo murió hace algunos años; que Jorge, su hijo mayor, está trabajando en Medellín y que Mario, no tarda en llegar de su trabajo como vigilante en la alcaldía. Espero veinte minutos mientras la anciana luce concentrada en una novela, frente al televisor de la sala. Abren la puerta. Unos pasos lentos y pesados resuenan en la escalera. El hombre saluda con dulzura a su madre antes de darse cuenta de que hay un extraño en su hogar. «¡Mire quién está aquí, mijo!», se apresura a decir la anciana, con muestras de alegría. «¡Hola, Tavo!», me extiende una mano como si me hubiera visto ayer. Yo, mucho más efusivo, me le tiro encima y lo abrazo; no obstante, lo siento sólido, frío, como si ya supiera que estaba allí.

Recuerdos atrás...

Con Mario, mi vecino de toda la vida, nos encontrábamos en los partidos de fútbol, en las rumbas de garaje de un amigo común, en la primera comunión, en las fiestas patronales y en la escuela. Sin embargo, solo llegamos a conocernos con certeza en el colegio en grado sexto; hasta ese momento para mí era “El gordito del Dorado”. No era gordo en realidad, pero lo parecía; su biotipo había acumulado unos cachetes que se encendían con el sol y una sonrisa que le cerraba los ojos. Siempre

fue aplicado en las materias, cumplía con exactitud los compromisos académicos, incluso los de sus compañeros más vagos, entre los que estaba yo. Era introvertido, pero perspicaz y silencioso. Le despertaba mucho miedo ser descubierto en una pilatuna o en una palabra soez. Cierta día que nos dirigíamos al colegio en la mañana, subíamos por las calles del pueblo que estrenaban pavimento, cuando se paró frente a la pared blanca que daba a la sala de velación cerca del parque y preguntó: «¿Qué es AUC?». Varios transeúntes se detuvieron a leer el grafiti que había aparecido en la noche, «muerte a los zapos», como colofón del acrónimo en cuestión.

«Profe, sapo se escribe ese, ¿sí o qué?» preguntó Mario ya en el colegio. Con visible irritación, el profesor Memo evadió la respuesta para evitar la generación de otra pregunta. Sonrió sin dejar ver los ojos; quizás por eso no vio la sobriedad en la expresión del profe Guillermo. Más tarde comentábamos entre varios de los compañeros que las tales AUC eran los mismos paracos que venían subiendo por la cordillera arrasando con los marihuaneros, los maricas, los rateros y los profes de sociales. Caliche pronunció con la boca llena de pastel de hojaldre: «eso es lo único malo, que matan profesores, ojalá no le pase nada a Memo que ha sido tan querido».

Es el atardecer del 2 de agosto. Mario me habla con desgano. Ha pasado ya la fase de preguntas de rigor sobre la familia, el tiempo, la casa del abuelo. Miramos el atardecer en una de las formas del silencio.

—Cuénteme qué hace por aquí, Tavo. Pensé que nunca más lo iba a ver.

—La verdad, Mario, no sé qué hago aquí. Me dieron muchas ganas de saber del pueblo, de la escuela, del barrio, de vos, de los compañeros, pero ahora que lo pienso no sé qué hago aquí —Mario me escucha sin mirarme, irrgando con el último sorbo de su taza de café.

—¿Usted sabe qué le paso a Memo? —pregunta, entre dientes.

—No, no sé. ¿Qué le pasó? —debe haber notado mi cara de terror y cambia de manera abrupta de tema.

—Cuando venía para acá me encontré con Natalia, me contó que usted estaba por aquí; no sé por qué creí que vendría a mi casa.

Estoy aquí, meditando mientras veo a dónde lleva la conversación, concluyo que Mario es el símbolo inocente de todo lo que está mal: Al igual que otros compañeros, no pudo graduarse; hijo de un desplazado por los conservadores en un municipio lejano que vivió un infierno tras la llegada de los grupos armados; perdió seres queridos por ausencia y por muerte; terminó por huir de su pueblo para buscar en qué trabajar. Cuando al fin consiguió empleo como vigilante en un banco, el presidente de turno bajó el valor de las horas nocturnas y los dominicales; este mismo político que había creado las Convivir, el germen de los grupos paramilitares. Lo que Mario ganaba no le alcanzaba para seguir en la ciudad ni sostener de manera remota a sus padres. Se vio obligado, entonces, a regresar a su lugar de origen para buscar oportunidades en el campo, pero da la casualidad de que el mismo mandatario había borrado con una firma la sostenibilidad campesina. Ahora sobrevive, se le olvidó sonreír, nunca se ha enamorado y espera en silencio la muerte de su madre, que lo mantiene atado a una existencia que él mismo denomina miserable.

Decido no preguntarle por Memo ni por Santiago. Siento que es una herida abierta que mi presencia rocía con sal y limón. Me despido con desesperanza y atragantado con un cúmulo de interrogantes que crecen como orogenias que cubren el pueblo; como un agujero en el que los dioses pueden jugar a las canicas. Antes de cruzar la puerta me dice: «Tavo, me alegra mucho verlo, lástima que no encuentre lo mejor de todos nosotros». Lo miro y por un momento resurge la imagen del gordito de antaño, pero tal parece que la guerra le ha arrebatado a este pueblo los niños que custodiaban adentro mis antiguos compañeros. Miro a su madre, antes de despedirme, y la encuentro más añeja que en el atardecer. No asistí a su envejecimiento y ahora me sorprende el reloj de sus facciones.

Vuelvo al parque, a mi carro y a las notificaciones del celular que, por momentos, me distraen de esta plaza fantasma que visito para ver cómo mis antiguos compañeros han enterrado lo que fui. La pregunta por Santiago persiste, se suma al destino, sin duda trágico, del profesor Memo; pero siento que trasgredo y profano su existencia. Decido entonces que nada me falta por hacer en este parque abandonado, en una noche de miércoles en que el frío acecha. Estoy a punto de encender

el motor y emprender el camino de regreso cuando un papel llama mi atención. Entre la plumilla y el espejo hay una nota blanca escrita con lapicero azul. Concluyo que no es muy vieja, pues la humedad la hubiese borrado. Bajo del carro, miro a mi alrededor, tomo el papel con curiosidad y me siento señalado cuando leo: volviste, Tavito, y todo lo que nos falta por conversar. Hay un número telefónico. Levanto la cabeza y unos pocos negocios abiertos dan fe del abandono. Mientras hago la llamada trato de identificar en mi memoria esa letra particular y ese tipo de “T” que solo una persona puede esculpir de manera tan solemne.



Una lección más

Recuerdos atrás...

Cuando cursábamos el grado décimo, el colegio llevó a cabo la conmemoración de sus bodas de plata. Fueron días que se llenaron de tareas y compromisos, ajenos al cumplimiento académico, como montar una coreografía, aprenderse el himno del municipio o hacer pendones y carteleras. El profesor Memo fungía de motivador y nos contaba historias durante largas jornadas que a veces terminaban con la asistencia de los padres preguntando por sus hijos.

Memo nos contó de Jean-Paul Sartre, de mayo del 68, de la batalla de Trafalgar, de Salvador Allende y de algunas historias que humanizaban al soñador detrás de esa difícil tarea de ser docente. Supe que era oriundo de un municipio cercano, que había empezado a dar clases cuando apenas acumulaba veintiún años, sin recibir aún el título de Licenciado en Ciencias Sociales. Vivía solo, en una casa rural en la entrada del pueblo desde donde se escuchaba la cascada; siempre llegaba a caballo al colegio, acorazado en ese espíritu servicial que lo impulsaba a arreglar computadores, organizar libros de la biblioteca, hacer actos de beneficencia para los afectados por el invierno, jugar ajedrez en el parque, tertuliar con ancianos, hacer de presentador en eventos institucionales y ayudar en la tienda.

Pero también supe algo más profundo que, además de excepcional, lo fragilizaba: a Memo le gustaba la profesora Luzma. Ella era bastante bonita, muy estricta e incluso agresiva. Se entregaba a sus clase de Física. Era muy común que cruzaran miradas y que se trataran diferente al resto del cuerpo de docentes. Varios de mis compañeros sospechaban que entre ellos había una relación, pero yo sabía que no era así, que por alguna razón no tocaban el tema. La profesora acompañaba las jornadas

de programación de las festividades con motivo de los veinticinco años del colegio, solo si el profesor Memo se quedaba. Se le veía, lela, en un pupitre, escuchando sus historias y sus canciones. El profe disimulaba su timidez cantando baladas de Camilo Sesto:

*«Por más que quieras callar
No podrás evitar que tu corazón
Hable por ti y me tendrás allí
Donde estés y con quien estés*

*Donde estés
Entre lágrimas y risas
Por olvidarme tendrás prisa y no podrás
Con quien estés
Aunque le demuestres lo contrario
Y le ames a diario, me recordarás».*

Sin duda la memoria altera y fabula lo que para mí era una novela de amor; no obstante, en el grado once seguía seguro de que entre los dos no había pasado nada distinto a un amor silencioso y cifrado en canciones.

De Luzma aprendí el amor por el método científico y a no llegar a clase sin la Tabla Periódica. Difícil olvidar la forma tan especial como escribía en el tablero las letras: A, con arabescos; la F con una línea en ascenso y la T mayúscula que parecía una cruz solemne.

Anochecer del 2 de agosto

—Aló.

—Buenas noches, soy el profesor Gustavo García, encontré su núm...—la voz femenina al otro lado del teléfono no me deja terminar.

—Sé quién eres, Tavito, ¿o debo decir profesor Gustavo? Quién lo creyera que te ibas a convertir en docente.

—Disculpe, ¿quién es usted?

—Te vi pasar esta tarde por el parque y supe que eras tú. Qué alegría tenerte por aquí y saber que estes bien. Soy yo, tu profesora, Luz Marina Avendaño, Luzma, como todos me decían.

Al menos ya sé que Luzma está con vida y que debe tener un buen número de años. Me ha invitado esta misma noche a su hogar, a escasas cuerdas del parque, cerca del antiguo colegio. Mientras avanzo sonrío y evoco sus clases exigentes, las canciones de Memo y el tiempo transcurrido. Su casa es grande, tiene un garaje que es la puerta principal. Me abre con amabilidad, me ofrece un té o un aguardiente. Me decanto por la segunda opción y la contemplo a dos décadas de distancia con respecto a mis recuerdos, casi ciega, tranquila y solitaria, con el pelo corto y las gafas gruesas. Preguntas muy similares a las de Natalia y a las de Mario aparecen en la sala de estar, un recinto propio de una mujer pensionada.

No encuentro un reproche de parte de mi antigua maestra. Hay una alegría genuina que describe otra forma de ocupar un pueblo lejano, abandonado por mi olvido y lacerado por su historia. Le hablo de mí, de mi compañera Mónica, de cómo la conocí, de cómo decidimos vivir juntos y la frustración que la agobia porque yo no puedo engendrar hijos. Me sorprende la confianza que me brinda, pues no había hablado de estas cosas con nadie. Me escucha paciente, opina con la misma calma que caracteriza su evocación.

Unos tragos más y rompo el diálogo con un tema quizás vedado. —Luzma, ¿qué pasó después de esa mañana de septiembre? ¿Qué pasó después de que me fui con mi familia de este pueblo? —permanece un instante en silencio, toma un sorbo de la bebida anisada y repite el centro de la pregunta:

—¿Qué pasó? —se levanta y camina lento alrededor de la sala—. Fue todo tan confuso, Tavo. Llegó la guerra hasta la puerta del colegio, nos agarró, como se dice, con los calzones abajo. No tuvimos tiempo de prepararnos, aunque ya circulaban panfletos y aparecían en las paredes las marcas de esas autodefensas. Todo cambió, muchas familias se fueron, algunas para siempre, como la tuya —bebe un sorbo más y me mira—. Muchos de nuestros muchachos fueron reclutados, otros perseguidos. Hay una muchacha que aún no aparece. Había tanto miedo que la gente se escondía a las seis de la tarde sin necesidad de toques de queda. Por las mañanas aparecían los muertos bajo el supuesto de ser colaboradores de la guerrilla.

Con su mirada perdida se quita las gafas, casi dándome la espalda, para esconder su llanto.

—A Memo lo desaparecieron —continúa—. La zozobra era insoportable; no lo podíamos buscar. A los dos días, ¡dos días, Tavo!, un policía me llamó y me pidió que fuera a la estación a reconocer a uno de mis compañeros de trabajo. Pensé que era una broma o una trampa y que también me iban a desaparecer. De todas formas, me armé de valor y fui. ¿Y sabes qué? Sí era él. Lo habían tirado al río después de golpearlo hasta la muerte. ¿Qué había hecho de malo Guillermo? ¿Recoger víveres para los estudiantes más pobres? ¿Haber leído a Marx? ¿Haber estudiado en la Universidad de Antioquia?

No puede más. Luzma se sienta a llorar desconsolada. La abrazo y le acaricio su pelo negro teñido y también lloro de rabia e impotencia por la absurda idea de aferrarme al símbolo de que a Memo lo iban a respetar por ser Memo, por ser el maestro que conocí, el profesor que no tenía por qué pagar con su vida el precio de una nación fallida y mortecina.

Ahora estoy solo y decido quedarme a dormir en un hotel del parque. Pienso en las palabras de la profe, en el duelo que padezco posterior a veinte años de distancia con mi gran maestro, en la herida que abro al estar en este municipio y en la idea de llamar a Liza, mi compañerita cantante. Según Luzma, ella es la única capaz de reunir a los integrantes de aquel grado once. Pronto serán las tres de la mañana, es muy tarde o quizás muy temprano. Espero veinte minutos hasta que la hora de mi teléfono celular coincida con la del reloj de la iglesia, detenido quizás desde el día en que murió el pueblo tal y como lo conocí.

Una melodía

EXORCISMO

*Te he borrado padre
de la lista de mis temores
y fantasmas nocturnos.
Ahora formas parte de mis olvidos
y has quedado como inútil legajo
de abandono y silencios.
Nada, nada hará que recuperes
tu sitial de tirano
con tu cetro de látigo
y tu corona de ceño fruncido*
José María Ruíz

3 de agosto

Me despierta la llamada de Mónica, quien ha pasado una mala noche y va rumbo a la clínica. Lamento no estar ahí acompañándola y se lo hago saber. «No te preocupes, cielo, espero que encuentres a tu amigo», cierra la conversación con cariño y cuelga el teléfono. El mundo alumbra allá afuera. Antes de bañarme marco el número de Liza. Su celular repica varias veces, pero nadie responde. Ahora sé que vive en una zona veredal, que se ha dedicado a un emprendimiento de alimentos con una integración de campesinos, que a veces canta en un café bar para los turistas, que tiene una hija, que es amiga íntima de Luzma y que me recuerda con cariño. Espero verla y escucharla, como una última carta por jugar en el pueblo. Unos minutos más tarde me devuelve la llamada. En el auricular su voz dulce suena con un fondo distorsionado como si no pudiera escucharme, no me entiende y dice que vuelve a llamarme cuando esté en el parque. Concluyo que está en movimiento; de seguro viene desde su vereda, en alguno de los transportes informales. Ya estoy

bañado y afeitado. Escucho una emisora en un radio de museo que es el único lujo que me proporciona el servicio de la habitación en el hotel. Mi celular vuelve a sonar mientras abro la ventana colonial de mi habitación para mirar la plaza.

—Hola, ¿ahora sí? Cuénteme qué me decía, su merced —su voz sigue siendo juvenil y vital. Liza no solo está en mi teléfono móvil, la estoy viendo en simultánea. En la calle del frente está “Una mujer con sombrero” como diría Silvio Rodríguez, cruzando la vía, a la vista de mi ventana azul, con una pesada bolsa negra, abundante cabello rojo y la sonrisa colegial intacta.

—Aló, ¿me escucha?

—Liza, hola, soy yo, Gustavo García. Tavín me decías en el bachillerato y ¿sabes? te estoy mirando en este momento.

Liza me busca con la mirada y hacemos contacto de inmediato, mientras se dibuja una sonrisa de ¡no puedo creerlo! Así empieza la mañana. Mi compañera cantante parece detenida en el tiempo, tal como el reloj de la iglesia. Tiene un aire juvenil, igual a como la recuerdo. Por momentos me siento en un diálogo onírico con un pasado, pero es ella, feliz con el encuentro, abierta, sonriente y directa. Durante el desayuno hablamos solo de ella por dos largas horas que interrumpen su rutina y me van revelando un mundo que no parece trastocado por la guerra. Hasta se anima a cantarme *Con la frente marchita*, de Sabina, y retumba el estribillo “No hay nostalgia peor que añorar lo que nunca, jamás, sucedió”

El diálogo desemboca en algunas revelaciones sobre mí.

—¿Qué te pasa, Tavín? No eres feliz y se nota ¿Qué te angustia? Puedes decírmelo—. Liza es sensible a mi silencio y toca con ternura mi mano. Su mirada es un aliciente para abrir la conversación, como si supiera en qué dirección va mi necesidad.

—Es extraño, Liza, hasta ayer supe lo del profe Memo y no tenía ni la menor idea de la vida de ustedes. Es como si hubiera perdido la historia reciente de mi pueblo. No puedo evitar sentirme culpable de lo que pasó después de la toma paramilitar.

—No tienes por qué preocuparte —me alienta y continúa— Siempre he tenido la certeza de que no tienes la culpa por las cosas de tu papá.

—¿Mi padre? ¿Qué tiene que ver mi padre en todo esto? —mi interlocutora descarga sus manos con una expresión de sorpresa.
—¿Es en serio? ¿Acaso no lo sabes?

Recuerdos atrás...

El colegio Mixto San Luis había definido un sistema simple de comunicación con los estudiantes: un repique del timbre significaba el cambio de clase; dos, la hora del descanso y, tres, la salida para la casa. La jornada era larga para un adolescente que se reconoce en la sexualidad experimental con personas de afuera de la institución. Fue mi caso; cuando cursaba el grado décimo conocí a una vecina de la institución, egresada del San Luis, con planes de estudiar en Medellín, como muchos de nosotros. Se llamaba Isabel y puede decirse que llegamos a ser novios. Salíamos a compartir en la única pizzería del pueblo o al camino de rieles en luna llena, espacio frecuentado por los adolescentes en edad de enamoramiento.

Una madrugada, mientras iba para el colegio pasé por su casa. Desde una ventana en el segundo piso me hizo un gesto con la mano y, obediente, la esperé al lado de la puerta. Tras bajar las escaleras me dijo que toda la mañana iba a estar sola. Con una expresión que podía traducirse en una emoción por la proximidad del sexo, supe que no asistiría a clase ese día. Pero ya mis amigos me llamaban y había saludado a algunos profesores que también ingresaban a la institución. Le aseguré que lo resolvía y regresaba. Una vez en el colegio, reuní a Caliche, a Julio y a Mario y les dije que necesitaba escaparme para disfrutar la mañana —la poética de la expresión de la época era «volarme»—. No era para nada fácil; ya en algunas ocasiones lo habíamos intentado con resultados que no merecen recordación; pero ese día, sí o sí, era necesario.

Durante la clase del profe Pacho trazamos un croquis de la institución. La operación debía funcionar como una sinfonía. Después del timbre de descanso la maquinaria se puso en juego: Caliche vaciaría el contenido de un tóner de tinta al tanque administrador hídrico de los baños de hombres; Julio marcaría desde el teléfono público de la institución al número de portería; y Mario iría a la oficina del rector para anunciarle

que el agua estaba saliendo contaminada, que había ingerido una buena cantidad y que le dolía la barriga... todo esto en simultánea con el timbre que anunciaba el fin del descanso. El rector desocuparía su panóptico, el portero se ocuparía en la llamada y los estudiantes estarían de regreso a clase.

Todo funcionó tal como se planeó. Me acerqué a la portería al borde de la libertad con la presión sanguínea en el corazón y encontré el acceso cerrado. La adolescencia es abrumadora y el deseo irreflexivo; tenía que dar más de mí y lo di. Salté la reja y caí a la libertad de una mañana con Isabel, solita, a unos cuantos pasos del colegio. Debía confiar en que nadie estuviera mirando por los ventanales que daban al exterior. Pero tres sorpresas me aguardaban al cruzar la calle: la primera es que don Humberto, antes de ir a mirar lo que pasaba en el baño y atender a Mario, decidió terminar la jornada de tres timbrazos para no arriesgar un intoxicado más; la segunda se ocultaba detrás de la puerta que acababa de tocar, pues me abrió nada más y nada menos que el papá de Isa, por lo que improvisé la necesidad de un cuaderno que se me había quedado, mientras ella me explicaba con la mirada que su padre regresó sin previo aviso; y la última sorpresa de aquella aventura fallida fue la bienvenida al colegio, al día siguiente, con la mirada inquisidora del rector. Sabía que me había volado de la institución y me citaba con acudiente. «Sí, señor, llamaré a mi madre», dije. «No, señor García. Prefiero que hablemos con su padre. Yo mismo lo llamo».

¿Quién era mi padre? He pensado que no tengo esa respuesta. Oriundo de la región, cafetero que pasó a ser ganadero y hacendado, conservador, católico, racista y machista que, bajo los efectos del alcohol, maltrataba a mi madre y a mi hermana; no obstante, me trataba con cierto orgullo por ser, el «macho» de la familia. Algunas veces hablaba de que la guerrilla lo extorsionaba y que debíamos ser cuidadosos en el pueblo. El día de la toma paramilitar llegó corriendo al colegio, buscándome; salimos y nos montamos a la camioneta que recién había comprado. En el carro ya estaban mi madre, mi hermana, la ropa y la necesidad de huir sin mirar atrás, como el mito de Orfeo y Eurídice. Afuera, las caras de mis compañeros se agitaban sin entender de dónde venían las detonaciones. Liza fue el último de los rostros que recuerdo haber visto entonces.

Llovió durante buena parte del recorrido hacia Medellín y mi padre no pronunció una sola palabra durante el viaje. Llegamos a la ciudad, nos instalamos una larga temporada donde la tía Gabriela, luego nos fuimos a otra casa, a otra y a otra hasta que perdí la cuenta. Como familia nunca hablamos del desplazamiento que se materializó aquella mañana de septiembre, a pesar de mi insistencia en preguntar qué había pasado y cuándo regresaríamos. Pero la incertidumbre nunca eclosionó, se prolongó en el tiempo, sin asomo de respuestas, fue el porqué de la demora para regresar. Para mi padre el tema estaba vetado; mi madre le restaba importancia afirmando que era un privilegio estar en la ciudad donde podíamos, mi hermana y yo, ingresar a la universidad pública. Y así fuimos sepultando y condenando nuestro pasado en el olvido.

Don Luis García murió hace algunos años de una afección cardíaca. Nunca volvió a ser el mismo después del pueblo o, talvez, nunca volvimos a ser los mismos como familia. Fue solo un progenitor asistente que se ocupaba en darnos lo que consideraba que necesitábamos. Nuestra relación se volvió hostil cuando decidí estudiar sociología y no finanzas. Un día le grité en la cara que yo era ateo y me golpeó con fuerza a la altura del ojo. Fue la última vez que lo miré con algún asomo de afecto, a través del hematoma, y sé que él también hizo lo propio hacia mí. «Yo siempre he sospechado que vos no sos mi hijo», fueron sus últimas palabras de agonía en el hospital.



Recogiendo lo pasos

Estoy en la habitación del hotel contemplando un ventilador empolvado que desconozco si se mueve y no quiero averiguarlo. Me siento derrotado. Una sensación de inseguridad y un ataque de ansiedad se vienen alojando en mi vientre. Aún quedan algunos minutos para que sean las seis de la tarde, hora en que me encontraré de nuevo con Liza, quien llegará en compañía de Juancho, para planear una reunión de “egresados”. La palabra egresados me desata una sonrisa; la mayoría no logró terminar el bachillerato. El colegio Mixto San Luis se convirtió durante mucho tiempo en la base de operaciones de los paramilitares; luego funcionó en unas instalaciones temporales que no daban abasto para los niños de primaria. Cuando se reconstruyó, después de tres años, ya casi ninguno de mis compañeros tenía intención de estudiar porque asumieron que podían vivir sin un cartón; al fin y al cabo no eran más que sobrevivientes.

En mi caso fui de los pocos que, por migración, encontró un espacio para terminar el bachillerato. A pesar de haber estudiado cinco años y diez meses en el San Luis, su nombre no aparece en mi diploma. Juancho, la promesa del colegio, el que quería ser científico, uno de los pocos que se graduó después de algunos años, se ha animado a buscar a los compañeros, proponerles un encuentro y, por qué no, invitarlos a terminar sus estudios. Hoy lo veré de nuevo y espero apoyarlo en sus buenas intenciones.

Conocer detalles sobre la culpabilidad de mi padre, respecto de la llegada de las AUC al pueblo, me deja pasmado. Nunca sospeché que, bajo el ceño fruncido de un hombre temperamental y primario, se escondiera un tirano irreflexivo con capacidad de hacer tanto daño. Don Luis fue de los que prestó la hacienda de la familia, nuestra hacienda, como base de operaciones contraguerrilla. Asimismo, convocó a varios caballistas y finqueros de la zona y envió la carta a un jefe paramilitar para que llegaran al municipio. Don Luis es el culpable del destino de Natalia,

la soledad de Santiago, la frustración de Mario, la muerte de Memo, la desolación de Luzma, el temor de Liza, los grafitis amenazantes y la destrucción del colegio. Y lo peor de todo es que, por línea genética, soy la viva imagen de ese señor. Con el tiempo la verdad se supo en todo el pueblo, mientras yo, en Medellín, permanecía en una burbuja. Hoy vengo a saber el porqué del silencio sobre la hacienda y la casa grande del abuelo, inmuebles que desaparecieron de la herencia y están a cargo del Estado por un proceso de extinción de dominio.

¿Cómo me he atrevido a regresar, a preguntar por Santiago y a importunar con mi presencia? Dice Liza que, para algunas personas, mi padre en lo elemental es un héroe, un patriota —basura es lo que es—. Por desgracia, yo soy uno de sus vástagos. He pensado llamar a mi madre, contarle mi frustración, recriminarle su lugar de cómplice en esta historia, pero luego la veo vulnerable ante la presencia y presión de un dictador que solo dejó de pisotear sus derechos el día en que yo, agotado de tantos años de improperios, lo enfrenté. Y mi hermana... ¿acaso sabrá la historia negra que yace en su apellido como una fosa común llena de perseguidos, asesinados y desplazados?

Son casi las seis. Voy descendiendo en dirección a una zona denominada Barataria, como la ínsula de Sancho. Allí está la panadería. Supongo que hay muchas así en cada pueblo, pero esta es, sin duda, la de Juancho. Cuando me ve, desde el horno del fondo, se deja venir sonriendo, me abraza con un afecto superior al que he encontrado, incluso en Liza. «Amigo», me lo expresa y me lo hace sentir con sus brazos a mi alrededor. Juancho aparenta menor estatura a como lo recordaba, luce flaco y su tez delicada le da un cierto aire femenino, a pesar de la cicatriz por la sutura de la cortada que sufrió el día del accidente, durante las pruebas del ICFES. Es un panadero con reputación en la región. Después de sentarnos se queda mirando y dice: «Sé lo que estás pensando: ¿cómo es que el nerdo del colegio termina haciendo panes?», sonrío con modestia y con alegría legítima. «Yo tampoco lo sé, Tavo. Algo pasó, pasamos nosotros, creo, y me enamoré de una panadera que hoy es mi esposa. ¿Sabes? Soy feliz, Tavo. Ni por un cargo en la NASA cambiaría este laboratorio de hacer parva». Mientras lo escucho pienso en la palabra parva, vocablo judío que se extiende con un significado compatible en toda la cordillera antioqueña y que produce un gesto de extrañeza en el

sur, en la costa y en Bogotá. «Juancho, ¡qué gusto verte de nuevo!», me emocionó.

Hablamos un rato, mientras probamos distintos tipos de pandequeso. Liza llega y sonríe con nostalgia. Permite que sigamos expurgando nuestra vida, el pueblo y la guerra. Juancho es un testigo del conflicto; su tío materno, que remplazó en todo a su figura paterna, fue asesinado con un tiro de gracia por no pagar una extorsión a la guerrilla. Recuerda que recuperó las esperanzas cuando llegaron las AUC, pero cierto día vio que asesinaban a su compañero Caliche por tener un cacho de marihuana. Posteriormente, creyó en la llegada de «los héroes de la patria» cuando se instaló una base del ejército en las afueras de la cabecera; no obstante, fue víctima de tortura por parte de un sargento que no le perdonó el grave delito de violar, una noche, un toque de queda no anunciado. En la actualidad es extorsionado por los combos que llegan desde Medellín, quienes, «de manera generosa», le permiten vender su pan. A pesar de las adversidades, sonríe con facilidad, ve la vida con esperanza y se burla de mi incapacidad para engendrar; él decidió no hacerlo.

Juancho, Liza y yo decidimos convocar a los excompañeros de los que tenemos noticia. La cita es en dos días, a las 4:00 p.m., en el lugar donde quedaba el colegio. Juan ofrece una de sus obras maestras, un pan medieval, su producto estelar, como parte de la motivación para el encuentro. Liza marca, pero el que habla es Juancho. A nadie le cuentan sobre mi presencia, aunque algunos ya lo saben. Cuando están en la tarea de revisar el listado, llegan al número de David, quien aparece como Zambo, en el celular de Juancho, y como El Patrón, en el de Liza. Ambos se miran y deciden que es mejor que David no se entere. ¿El Zambo? Al principio me cuesta recordarlo, pero muy pronto mi memoria lo evidencia en imágenes.

Recuerdos atrás...

David era un joven de piel oscura, de ascendencia africana muy marcada, delgado, encorvado y risueño. Como todos los negros del país en la escuela oficial padeció de acoso y abuso; bullying lo llamarían hoy en día los neo-teóricos. David llegó a mi círculo cercano un día que la

profesora Lucía, iniciando séptimo, pidió que conformáramos grupos de cinco integrantes. Éramos cuatro: Mario, Julio, Alejandro y yo. Solo faltaba uno y ese fue David, prudente, agradable, bastante cómico, incluso consigo mismo: «voy a trabajar con ustedes porque son muy claritos y les falta sabor». De esta manera estábamos listos para adelantar el trabajo de español.

Desde entonces se quedó con nosotros, entre risas y complicidades, nos convertimos en un escenario protector de las burlas que lo azotaban desde varios flancos. Le gustaba la cocina y a menudo preparaba los alimentos cuando nos reuníamos en la casa de alguno. A veces sorprendía con cosas llamativas y se hacía el misterioso con las recetas. Contaba con tristeza que en su casa no podía entrar a la cocina. Creció con nosotros, aunque no mucho; a principios de grado once medía apenas un metro cincuenta y se veía frágil frente a los demás compañeros.

David estuvo a punto de desaprobarnos noveno y décimo, perdió su motivación para estudiar y se mantenía en el colegio por presión, en especial la nuestra porque sentíamos que él era una parte vital del grupo, quizás por su autenticidad. Solo a principios de grado once conocimos a su madre negra, delgada, y déspota con él. Tenía una hermana en el Pacífico, desconocía el paradero y la identidad de su padre. Las anécdotas sobre su familia eran numerosas.

«Muchachos, conocí a mi papá, es un mono alto, zarco y fuerte, me dijo que me fuera a vivir con él, pero tengo que terminar primero el colegio», lo mirábamos poner su mejor cara de seriedad y luego, al unísono, soltábamos la carcajada. Otro día decía: «muchachos, les cuento que apareció mi papá; resulta que se había perdido en el Amazonas y que tengo un montón de hermanitos indígenas que saben tirar flechas. Voy a ir a entrenar con ellos, a ver si puedo flechar el corazón de Natalia». De nuevo afloraban muestras de alegría estridente. Quizá algún día sí había aparecido su padre y él no quiso contarlo o, a lo mejor, relató la historia, pero las risas de un montón de adolescentes no le permitieron esculpir la verdad. Alguna vez le dije que debería escribir un libro sobre sus vivencias y ocurrencias y, como siempre, su respuesta fue una risa bullosa, seguida de: «eso de escribir no es lo mío, eso es lo tuyo, Tavo».

Anochecer del 3 de agosto.

—¿Qué pasa con Zambito? —les pregunto a Liza y a Juancho.

—Luego te darás cuenta, por ahora dejémoslo quieto— responde Juancho.

—Igual, te vas a enterar —interpela Liza.

Me quedan dos días en el pueblo, guardo el carro en la bodega de la panadería, pago las resevas adicionales en el hotel y me dispongo a llamar a Mónica. Hablamos del perro, de la posibilidad de irnos de viaje... de volver a encender la chispa de la pasión... Luego me comunico con el jefe del departamento de la universidad, le digo que todo está bien y que el lunes, a más tardar, regresaré a mis labores. Considero, de nuevo, llamar a mi madre, cuya distancia empieza a ser definitiva. Me predispongo para el encuentro del sábado. ¿Qué les diré? ¿Acaso es conveniente motivarlos a buscar la forma de terminar el grado once, según la iniciativa de Juancho? Tendría que hablar con la Secretaría de Educación, llamar a algunos amigos de institutos, mover mis influencias, darles alternativas. La idea me da vueltas y vueltas. Siento que, de lograrlo, vibrarían de nuevo los momentos en común y las historias sumergidas en la memoria compartida.



El reencuentro

*Si yo pudiera unirme a un vuelo de palomas
y atravesando lomas dejar mi pueblo atrás
os juro por lo que fui que me iría de aquí.
Pero los muertos están en cautiverio
y no nos dejan salir del cementerio*

Joan Manuel Serrat



©Derechos reservados. Provided to YouTube by Ariola
Pueblo Blanco - Joan Manuel Serrat

4 de agosto

«Tengo una poderosa razón para estar aquí», Juancho y Liza me miran mientras comen. «He sentido temor de hablarlo, incluso con ustedes que se han mostrado tan cómplices y comprensivos en esta tarea quijotesca de volver a ver a los antiguos compañeros. La verdad es que no fue un sentimiento espontáneo el de regresar; surgió hace una semana cuando me encontré por casualidad a Santiago... A Santiago Pérez», enfatizo su nombre y sus apellidos para estudiar sus reacciones, que se lentifican mientras agudizan su atención. «Cuando hablé con Natalia y con Mario, me di cuenta de que es un nombre profano, aún no sé por qué, pero no lo han buscado en su lista de teléfonos y siento la necesidad de preguntarlo». Liza mira a Juancho, como indicándole que es él quien debe iniciar. Lo duda un momento, continúa masticando y mira qué tan lejos nos encontramos de otras personas; se organiza la camiseta, de un blanco impecable, y se inclina sobre la mesa para hablarme: «Pérez hace parte de una de las historias extrañas del pueblo. ¿Era tu vecino, Nata, cuando éramos pelaos?», ella asiente. «El asunto es que, durante mucho tiempo, después del colegio, Santi fue un alma que deambulaba por la plaza; hacía mandados, limpiaba carros, cuidaba caballos... era muy servicial... Pero un día se desapareció del mapa, como se dice y, después de un par de años, regresó alto, fornido y muy agresivo. Había sido reclutado por el

ejército en una redada de un pueblo vecino. Lo cogieron indocumentado y terminó en algún escuadrón que le cambió el genio por completo», no parpadeo. «Hay quienes dicen que se le voló a los militares o que le dieron la baja. Lo cierto es que el joven que regresó era muy distinto al que se fue. Ya, en su segunda desaparición, surgieron rumores sobre su ingreso a la guerrilla». «¿En serio, muchachos?», interrogo. «Lo peor de todo es que Santi se convirtió en una obsesión para los últimos jefes paracos. En zonas veredales hubo enfrentamientos, escaramuzas de armas largas que terminaban con algunos muertos y muchos desplazados. Y todo esto era atribuido a Santiago, alias El Estudiante, señalado de ser el comandante de la cuadrilla que operaba por el sector», Juancho suspira y vuelve a meter un pedazo de pizza en su boca. «Es todo lo que sé, pero ese es un tema del que es mejor no hablar». «Y hay algo más, Tavín», interviene Liza, «el actual jefe de las bandas que siguen en el pueblo, que vienen siendo los mismos paracos, es un tipo que conoces, aunque es mejor que no lo vuelvas a ver, está obsesionado con Santiago; no sé qué pasó entre los dos, pero, incluso ordena redadas y ofrece una jugosa recompensa por su cabeza. Muchos de los que lo conocimos nos volvimos, de repente, sospechosos de ser colaboradores guerrilleros. Algo más», Liza baja la mirada, «Santiago te odia mucho, Tavo y asegura que por culpa tuya y de tu familia, perdimos la paz del municipio».

Así que es el destino el que se lo ha engullido y yo no pude interpretar esa realidad a través de un espejo retrovisor. Santiago ahora está prófugo o al servicio de otra organización criminal. El amigo de chanclas con medias, ese al que recuerdo con tanto aprecio, está muerto y, en su lugar, existe una deformación que es, a la vez, víctima y victimario. Sin embargo, tengo la certeza de que una chispa de su mirada nocturna me habló de tiempos idos, de las historias en común, de un mundo donde la guerra no tenía cabida.

5 de agosto

Es sábado. La salud de Mónica va mejorando y está muy emocionada porque hoy es el día elegido para el reencuentro. Algunos han confirmado, incluso la profe Luzma nos acompañará en las ruinas del antiguo colegio. Mientras preparo la poca ropa limpia que me queda y empaco la sucia suena mi celular. La palabra Mamá aparece en la pantalla.

—No vas a creerme dónde estoy —le digo después del mutuo saludo afectuoso.

—¿Dónde?

—En el pueblo, mamá, nuestro pueblo.

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurre? ¡Te vienes, pero ya! Espero que no hayas cometido la burrada de saludar a nadie. ¿Estás con Mónica?

—No, mami, estoy solo. No me voy a ir y, sí, he saludado a muchas personas y he venido desenmascarando a mi papá. Ahora entiendo por qué nunca me contaste la verdad de nuestra partida y por qué nunca quisiste hablar de volver al pueblo.

—Gustavo, mijo. Véngase para la casa, ya mismo, y hablamos del tema. Yo no he querido... —los sollozos no le permiten terminar la frase.

—No te preocupes que todo está en orden. Al principio me costó entender por qué no era bien recibido, pero ahora les doy la razón. Hoy regreso en la noche a Medellín, llevo cuatro días aquí y en un rato me voy a encontrar con los compañeros del colegio.

—¿En serio?

—Sí, mami, todo está bien. Te aviso cuando llegue a Medellín.

—Hijo, perdóneme y tenga mucho cuidado. Por favor, regrese pronto.

—Así será. Lindo día, mami.

Esta conversación me quita un peso de encima porque allana el camino para una confrontación que, de seguro, será dura y pasada por lágrimas. Sé que mi mamá también extraña a mucha gente que tuvo que abandonar y olvidar para sufrir en silencio y guardarle el secreto canalla al miserable de mi padre.

Ahora estoy en las ruinas del Colegio Mixto San Luis. La maleza rodea el antiguo epicentro de mis historias. Acaricio las plantas que se levantan casi hasta la altura de mi cintura y avanzo por las escalas carcomidas por la humedad. Hay pocas paredes en pie, pintadas por grafitis de jóvenes de nuevas generaciones, que desconocen todo lo que estos muros le gritan a la memoria y a mi imaginación. Recorro los pasillos. Algunos pájaros se espantan. La silueta de una lagartija se pierde, con movimientos rápidos, en cualquier dirección. Ahí estaba el antiguo teléfono; aquí la tienda donde vendían unos pasteles de arequipe únicos; la sala de profesores donde tantas veces fui llamado por indisciplina; la antigua rectoría y los baños, algunos siguen en pie, derruidos por la miseria. Un tablero verde

se resiste a caer y aún es posible seguir los trazos de tiza de una lección agonizante. ¿La letra de Luzma talvez? No, es el alma de Memo dándome una lección final. Lloro viendo mi cuerpo juvenil saltar la cerca para ir a la casa de Isabel, jugar la final de fútbol en décimo, forcejear con Santiago, pelear con los chicos de otro grado, temblar al narrar los pormenores de la salud de Camilo o escuchar atento a Memo cuando habla de Benkos Biohó.

De pronto escucho, desde el eco de las paredes desvencijadas, que empiezan a llegar los invitados. En un tono de guía turístico, como si fuera una historia prerromana, Juancho describe, a lo lejos, cómo el lugar se convirtió en un sitio de entrenamiento, tortura y desapariciones forzadas de muchos ciudadanos inocentes. Mario me busca con la mirada; el aire adolescente de Liza parece ser lo único salvable de este paisaje desolado; Julio, pasado de kilos, es un pintor aficionado que trabaja de vez en cuando en el campo de la construcción; James es ahora un pastor cristiano con fama de conceder milagros relacionados con la fertilidad —debería consultarlo—; Wilfer, quien viajó desde un pueblo vecino, administra un supermercado y aún juega fútbol aficionado; Catalina, una de las compañeras más escuálidas del salón, me sorprende con su belleza actual. Por último, Víctor, Fernando, Alexandra, Piedad, Olga, Eduardo, Natalia y Luzma completan el grupo.

Al tiempo que vamos hablando y actualizando las noticias compartimos el famoso pan medieval, una verdadera delicia artesanal. La mayoría se alegra de verme y me dicen que estoy cambiado; la sombra de barba, supongo, me imprime un aire de adultez no buscada. A algunos no parece significarles mucho mi presencia. Hablamos de ausentes como Caliche, Camilo y otros cuantos a los que se les ha ido perdiendo el rastro, como el caso mío, hasta hoy. La anécdota del día que el profesor Pacho se quedó dormido en clase y le pintamos el rostro con marcador, nos arranca una carcajada sonora. Suena un celular. Liza no se apresura a contestar. Su sonrisa se nubla, me mira con temor y dice para que todos escuchen: «es David».

Cinco minutos después llegan tres camionetas grandes; de la blanca se baja un grupo de hombres armados con caras serias. No es un buen presagio. Un hombre de anteojos, moreno, con cachucha y sonriente se acerca al grupo. «Es increíble que organicen una fiesta de egresados y no

me inviten». Es David, jefe de una banda residual que controla todo en el pueblo, hasta el derecho a parpadear. Me acerco a él en tono amistoso mientras recuerdo a Borges: «No soy un hombre fuerte y solo las palabras podían salvarme.» «Hola, David, soy yo, Tavo, ¿cómo estás, mi hermano?» le estiro la mano derecha abierta. David me mira y me abraza con fuerza. Siento crecer el gesto de sorpresa de todos los que presencian la escena, armados y desarmados. «¡Bienvenido de nuevo, Tavo, vos me podés decir Zambo!» Y resuena esa sonrisa que llevo grabada desde que nos contaba sus fantasías familiares y que revela dos hileras perfectas de dientes blancos. «Gracias a todos por estar aquí, pero ahora necesito hablar con mi amigo Gustavo; los demás se pueden ir». Se dibuja un rictus de preocupación que alcanzo a descifrar en los rostros de quienes asistimos al encuentro. Juancho intenta decir algo. «No te preocupes Juancho, todo está bien. ¿Cierto, Zambo?», intervengo mirando a David, quien se vuelve y presume, de nuevo, su diseño natural de sonrisa. «Claro, solo vamos a planear un sitio mejor para volvernos a reunir».

Contrariados y amenazados, uno a uno, se van despidiendo los asistentes a la fallida reunión. La verdad, no siento temor. «Dios te bendiga», me susurra James al oído. Liza me abraza, me pide que la llame más tarde y lo mismo hace Natalia, a manera de disculpa por nuestro encuentro en el restaurante. Todos avanzan despacio, en son de despedida. Estoy entre ruinas, casi cubierto por la maleza. A lo lejos pasta una vaca y, al fondo, se aprecia el casco urbano. Es un atardecer bonito. Tres camionetas me rodean y un hombre de baja estatura se quita los lentes para hablar.

—Pensé que estabas muerto, Tavo.

—¿Y eso por qué, hermano? No, yo...

—Te voy a contar una vuelta —me interrumpe, mientras pasa un pequeño trozo de tela por sus gafas.

David luce una camiseta estrecha de un color claro. Su piel morena brilla al sol y se ve fresco, como si acabara de bañarse.

—Hace unos diez días —continúa —vi a Santiago por última vez...

—¿Santi..., Santiago? —esta vez soy yo el que interrumpo. —Sí, Santiago, nuestro compañerito. No sé si sabés que se volvió guerrillo. Me armó un mierdero en el pueblo hace un par de años. Me costó

hacerme a la idea de matarlo porque todavía me caía bien; pero la prosperidad de la gente está primero, voz me entendés. Cuando la guerrilla entró al tal Proceso de Paz sentí que era la oportunidad de cazarlo como a una rata, di la orden de seguirlo a un municipio cercano donde estaban los malparidos, pero logró escapar. Me mandó un mensaje diciendo que uno de los dos se tenía que morir.

Sin ninguno de mis compañeros a la vista me acosa la necesidad de sentarme. Me incomoda estar entre hombres armados y no sé en qué dirección va la conversación. David ha tocado el tema de Santiago y me propongo no interrumpirlo mientras él parece buscar en su memoria.

—Y ¿sabés qué? —retoma después de una pausa—, cómo te parece que el hijueputa volvió al pueblo con la intención de matarme, se metió a mi casa, le disparó al perro y desarmó a dos de mis hombres. Cuando menos pensé estaba en mi propia sala, ¡en mi propia sala, hermano! —levanta la voz mientras se apunta con el dedo índice en el pecho— me encañonó y me hizo quedar callado.

—¡Hum! —intento romper mi silencio incómodo.

—Yo estaba cargando a mi chinito que apenas tiene dos años. Yo no sé si fue que sintió pesar por el niño... La vuelta es que me miró, bajó el arma y salió corriendo y mis hombres tras él. Lo encontré esposado. Pude haberlo torturado y matado, pero me dio por pensar que había respetado a mi hijo. En ese momento le recordé la anécdota de cuando vos y él me defendieron en el colegio. Al final, ordené que lo dejaran ir, después de apuntarle un rato con mi arma.

Mientras lo escucho trato de evocar el episodio en el que Santiago y yo lo defendimos de un par de estudiantes más grandes que lo insultaban por ser negro. Un corto silencio se produce entre los dos, como si de repente nos invadiera el cansancio.

—¿Y qué pasó? —indago.

—Se fue, pero puto ese marica, gritando y hasta insultándome. Me aseguró que te iba a buscar, ¡a voz *güevón!* para matarte. Por eso me sorprende, y me alegra, verte con vida. Natalia me contó que te lo encontraste en un semáforo en Medellín y ese *man* es muy efectivo. Por eso me extraña verte aquí. Tavo, yo te quise mucho en el colegio,

le tengo mucho respeto a tu taita, pero no me gusta que estés otra vez en mi pueblo; eso les desordena la vida a los parceros. Por eso te voy a pedir que te vas y que no se te ocurra volver. Si te volvés a aparecer por aquí, con el dolor en el alma, hermano, me toca hacerte la vuelta.

—¿Puedo decir algo? Antes de irme, claro.

—¿Decime?

—¿Solo quisiera saber qué fue del chico que soñaba con ser chef, al que no le permitían entrar a la cocina y que preparaba unas recetas tan cariñosas? ¿Qué pasó con el negrito afectuoso que era puro sabor? ¿Qué se hizo el amigo que nos hacía reír con las aventuras de su padre?

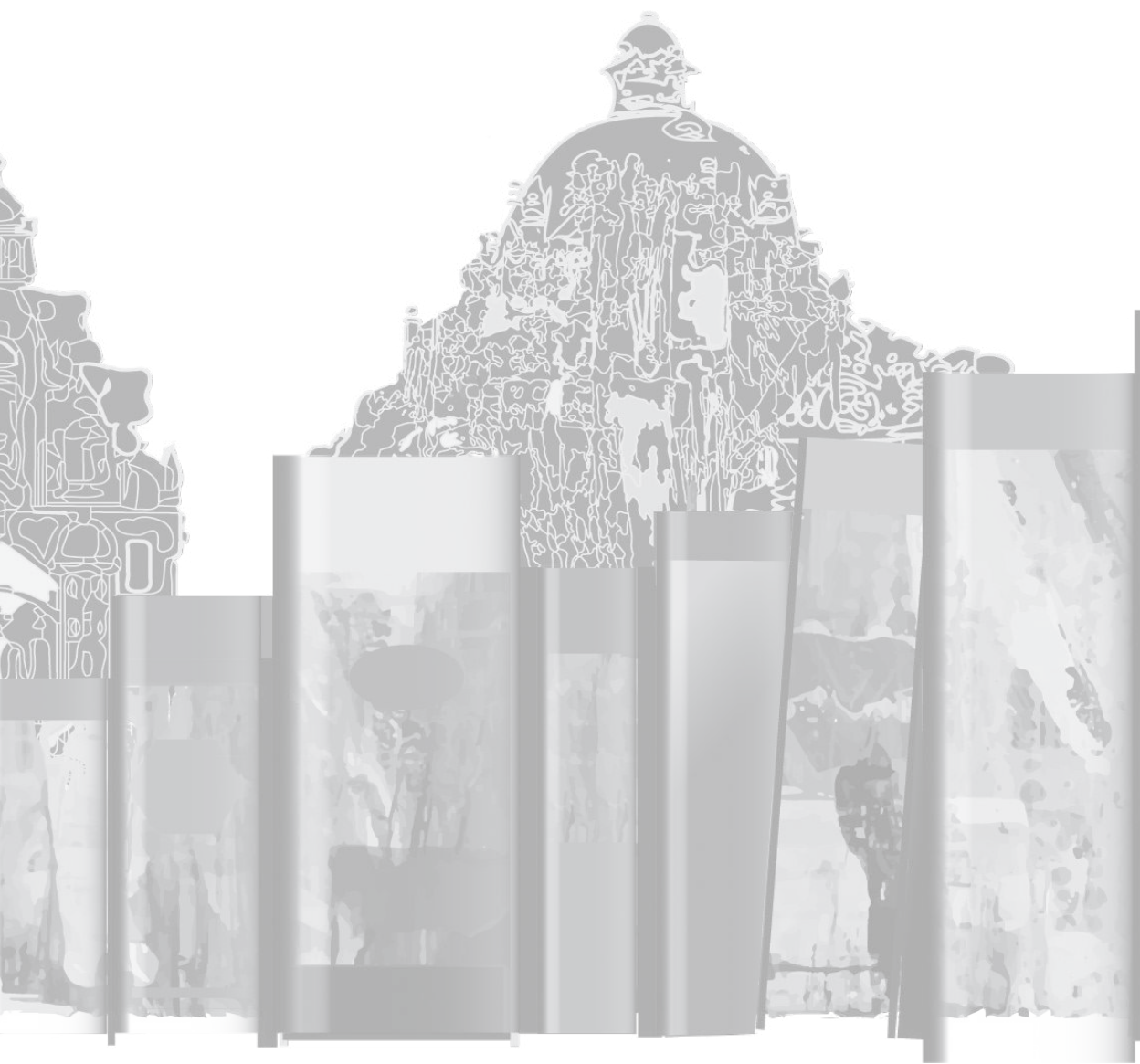
Sonríe con sorna y con un brillo especial en sus ojos.

—La guerra nos cambia, mirá lo que le hizo a Santiago, lo volvió un hombre muerto.

—¿Y a vos también?

—Suerte, Tavo —evade la respuesta, mientras se sube a la parte trasera de la camioneta—, ya sabés, tenés el tiempo contando para que te abrás. ¿Sabés qué? Mi mamá me confesó que mi papá era el relojero. También lo saqué corriendo y no he encontrado quién ponga a funcionar el reloj de la iglesia. Ese viejo era el único que le sabía los caprichos.

Los carros rechinan y dejan una estela de polvo en un atardecer agónico. Sigo acariciando la maleza como una forma de despedirme de los muertos que no he matado.



Un fantasma

Recuerdos atrás...

Esa mañana el profesor Memo nos había puesto a trabajar en grupos que ya no eran de cuatro, sino de cinco, desde la llegada de David, o Zambito, el nuevo compañero. Estábamos en la gradería de la cancha cuando un estudiante de un grado superior pasó muy cerca y lo pisó, con o sin intención, pero Zambito reaccionó con insultos. Sata, como le decían al otro, además era muy alto, incluso para el grado que cursaba, sin pronunciar una sola palabra le descargó un golpe en la cabeza con la mano abierta y le escupió a todo pulmón la palabra “negro”. Muy pronto otro estudiante, amigo de Sata, se unió al ataque. Entre los dos, le estaban propinando una paliza desproporcionada al negrito, que solo trataba de cubrirse con los brazos la cabeza. Cuando vi la situación, me paré como poseído de furia y de tres zancadas me sumé a la trifulca. Tomé a Sata de la camiseta y lo arrojé escaleras abajo. El otro atacante me miró; sin darle oportunidad a reaccionar le acomodé una patada en el estómago y lo envié por el mismo camino del primero.

Los dos adversarios subieron las graderías, golpeados y humillados, dispuestos a todo en mi contra. Nunca he sido un hombre de peleas, de hecho, ese día me temblaban las piernas, pero les hice frente en pose de combate. Yo tenía la ventaja de estar ubicado una escalinata más arriba que ellos. Cuando el primero se dejó venir lo esquivé y lo regresé, en desenso por la tribuna, con un golpe certero. El otro alcanzó mi posición, pero logré bloquearlo con una ráfaga de puños. En un momento lograron rodearme. Sospechaba lo peor. Santiago surgió como una sombra rápida que parecía tener cuatro manos, me protegió como un ángel guardián, golpeando y empujando de nuevo a los enemigos. Que ellos lucieran ensangrentados por las caídas y nosotros estuviéramos incólumes se sintió muy bien. La adrenalina indicaba que queríamos que la contienda

siguiera, pero Memo nos gritó desde la cancha que nos detuviéramos. Santi y David estaban a mi lado. El atisbo de mi profesor me dio a entender que había sido testigo de la pelea y mi temor a decepcionarlo desapareció. Con un gesto de aprobación discreto hacia nosotros, se llevó a los dos agresores. Zambo me miró con agradecimiento y yo le abracé la cabeza. Los del grupo me rodearon y me sentí como un héroe dispuesto a asumir las consecuencias. Estaba seguro de que lo volvería a hacer si se repitieran las circunstancias.

17 de agosto.

Es tarde y aún tengo mucho por hacer en la oficina. Estoy en la universidad y afuera llueve. Regresé a Medellín ese mismo día, después de haberme despedido de Juancho y de Liza. Reasumí el destino en construcción y la promesa a Mónica de considerar la idea de adoptar un niño. Mi perro fue el más feliz con mi regreso. Mis contactos de WhatsApp aumentaron con mis antiguos compañeros y ahora las anécdotas están al alcance de mi teléfono, cosa que me llena de alegría y nostalgia, como si fueran dos sentimientos que intimaron en el viaje a mí mismo. En medio de mis cavilaciones escucho unos pasos pesados por las escalas que dan a la puerta de mi oficina y luego tres golpes simples, a pesar de que está abierta. Miro y me encuentro con un hombre de gorra blanca y una estatura similar a la mía.

—¿Qué se le ofrece, amigo? —me apresuro a preguntar.

—¿Puedo pasar? —me contesta con una voz inconfundible, la de Santiago. No espera mi respuesta y ya está sentado en frente de mi escritorio. Tiene una chaqueta de tela de jean, desteñida, mira inquieto y espera una palabra de mi parte.

—¿Vienes a matarme?

—No, no veo por qué hacerlo

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Visitando viejos amigos, nunca se sabe cuándo será la última vez que los vea.

—Entiendo.

—Supe que fuiste al pueblo, que encontraste las ruinas del colegio y de nuestros compañeros.

—Déjame decirte que no estaba enterado de todo lo que había sucedido, no sabía el mal causado por mi p... —me interrumpe con una mano abierta que me señala.

—No tienes de qué preocuparte, supe eso el día que te encontré en el semáforo.

—El día que me ibas a vender dulces —sonríe.

—No, el día que iba a matarte... Y no era una caja de dulces, era un arma.

La conversación se extiende hasta muy entrada la noche. Hay un punto en que el puente entre el perdón y el olvido se desdibuja, quedamos frente al tejido de los afectos que un día nos permitió compartir un tiempo, un espacio y un mundo que no estaba asediado por hombres armados en camionetas o en semáforos. Ha venido para desahogarse, para expurgar la pena de ver rostros de personas asesinadas por su arma, rostros que le impiden conciliar el sueño en las noches. Ha venido para asegurarse de que sigo vivo y logré salir del pueblo después de enfrentar a Zambo con su pasado. Me ha narrado una escena en la que se trenzan en una pelea y, al final, Santi conserva el arma; la escena en que un niño de dos años salva al jefe de las bandas sicariales del municipio. Es extraño que un hombre tosco y violento les perdone la vida a dos hombres en menos de un mes. David y yo pudimos ser sus víctimas. Supongo que la historia en común nos ha salvado.

Santiago cree que la razón final de que se acelerara la llegada de los grupos de civiles armados al pueblo, por invitación de mi padre, se precipitó por la influencia que el profesor Memo venía teniendo sobre mi pensamiento, una instancia de vacío de poder que mi padre no fue capaz de soportar. Don Luis también fue engañado y puesto al servicio de una maquinaria muy fuerte que, tarde o temprano, igual llegaría.

Cuando nos tomábamos el segundo vino, como sello de un reencuentro aplazado, recibo un mensaje de texto de David que alcanza a leer Santiago: *«Tavo, sin maricadas, si me llegara a pasar algo cuidarías a mi chinito? tiene dos años y un papá sin futuro».*

—Es un hombre perseguido por sus propios errores y vacíos. Algo le pasará, pero te juro que no seré yo el culpable de eso —le creo y me

da gusto dialogar la última vez con su fantasma—. Me he preguntado muchas veces cómo hubiese sido nuestra vida si los paracos no se hubieran tomado el pueblo esa mañana; supongo que estarías casado con Isabel, que Liza habría triunfado en la música, que James igual sería pastor cristiano, que Mario nos mandaría ropa desde los Estados Unidos, que Wilfer estaría retirándose del fútbol y que David, el Zambo, no habría tenido que matar ni perseguir para convertirse en lo que es hoy; quizá tendría un restaurante fino y allí nos encontraríamos para conversar los ilustres egresados del Colegio Mixto San Luis.

—Y yo sería el relojero de la iglesia y el tiempo seguiría corriendo a nuestro favor —me mira y le advierto una sonrisa.

—Adiós, Tavo.

—Adiós, Santiago.

Escucho sus pasos ásperos bajando la escalera hasta que se pierden en el ruido de la noche. Miro el mensaje de David en el celular y le respondo en mayúscula sostenida: SÍ, SIEMPRE CONTARÁS CONMIGO PARA DEFENDERTE.



Jesús Abad Colorado. Escuela Caucheras entre Mutatá y Chigorodó, Colombia.



Elmer Arrieta Herrera. Escuela Sierra de Venao, Montes de María, Carmen de Bolívar, Colombia, bombardeada en 2002 en enfrentamientos entre la fuerza pública y las FARC.

En Colombia, entre 1990 y el 2020, se produjeron al menos 331 casos documentados de tomas forzadas, ataques violentos, acantonamientos, desplazamientos y uso de escudos humanos en distintos colegios por todo el territorio, diversos grupos armados como guerrillas, paramilitares e incluso fuerzas del Estado han sido protagonistas y los estudiantes y sus familias las víctimas. «SIC» (Fuente: *Colegios de la guerra: otras víctimas del conflicto*, publicado en el portal periodístico *Rutas del Conflicto*). Esta es una historia de esas que pueden ser de cualquier pueblo, cualquier colegio, cualquier Gustavo, cualquier Liza, cualquier David o cualquier Santiago.





Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres de Editores Publicidad, en noviembre de 2022.

Para su elaboración se utilizó Propalcote 300 g en la carátula
y bond 75 g en páginas interiores.

Fuente tipográfica para el texto Adobe Caslon 12 pt.

Un flash back épico y crudo a la historia íntima pero universal del hombre en permanente pérdida. Es la guerra entre quienes nos amamos -nosotros que a nadie podemos todavía amar- experimentada desde los afectos durante la secundaria, en un pueblito cuyo reloj ha detenido una historia de rupturas, que solo el tiempo puede reparar.

Es el asesinato fratricida que se enraíza en peleas de la infancia, que intrusos de todo tipo azusan a su favor en las guerras más recientes con las consecuentes tragedias. Es la permanencia de lo bello y de la juventud en el personaje de Liza y el cambio abrupto y violento en el de David. Nos lanza la pregunta por la raíz de nuestra infertilidad desde el desafecto paterno y la incapacidad de no poder cuidar nuestra estirpe. Al final, un animal, un no humano, una mascota promete llenar los vacíos y hacernos creer que amamos.

Efrain Arturo Ferrer de la Torre

Desde el día en que Mauricio Vanegas dijo Hoy he querido hablar de amor y desde que se atrevió a enfundarse en las botas de El bobo del pueblo, puede haber transcurrido un día en Comala o cien años en Macondo. Desde entonces, hasta hoy que se arriesga a transitar por los oscuros laberintos de El Atlas de la memoria, advierto en su escritura un mágico apasionamiento tan contagioso para el lector que puede internarlo en los dominios del emperador amarillo o, incluso, motivarlo para rescatar al poeta del ostracismo. Vale la pena lanzarse a la aventura. ¡Por fin!, un joven escritor lo ha logrado de nuevo.

Rubelpo.

